

El Pequeño Vampiro

y la excursión a Fosavieja



ANGELA SOMMER-BODENBURG

de

Anton no tiene muchas ganas de ir a la excursión organizada por el colegio a la granja Fosavieja, pues no sabe si durante esos días podrá ver a sus amigos vampiros. Una noche, Rüdiger se presenta allí y se enamora de Viola, la nueva compañera de clase de Anton. ¿Cómo se las ingeniará Anton para que Viola no se dé cuenta de que su admirador es un vampiro?



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro y la excursión a Fosavieja

El pequeño vampiro - 14

ePub r1.0
Eibisi 04.12.14

Título original: *Der kleine Vampir und die Klassenfahrt*

Angela Sommer-Bodenburg, 1990

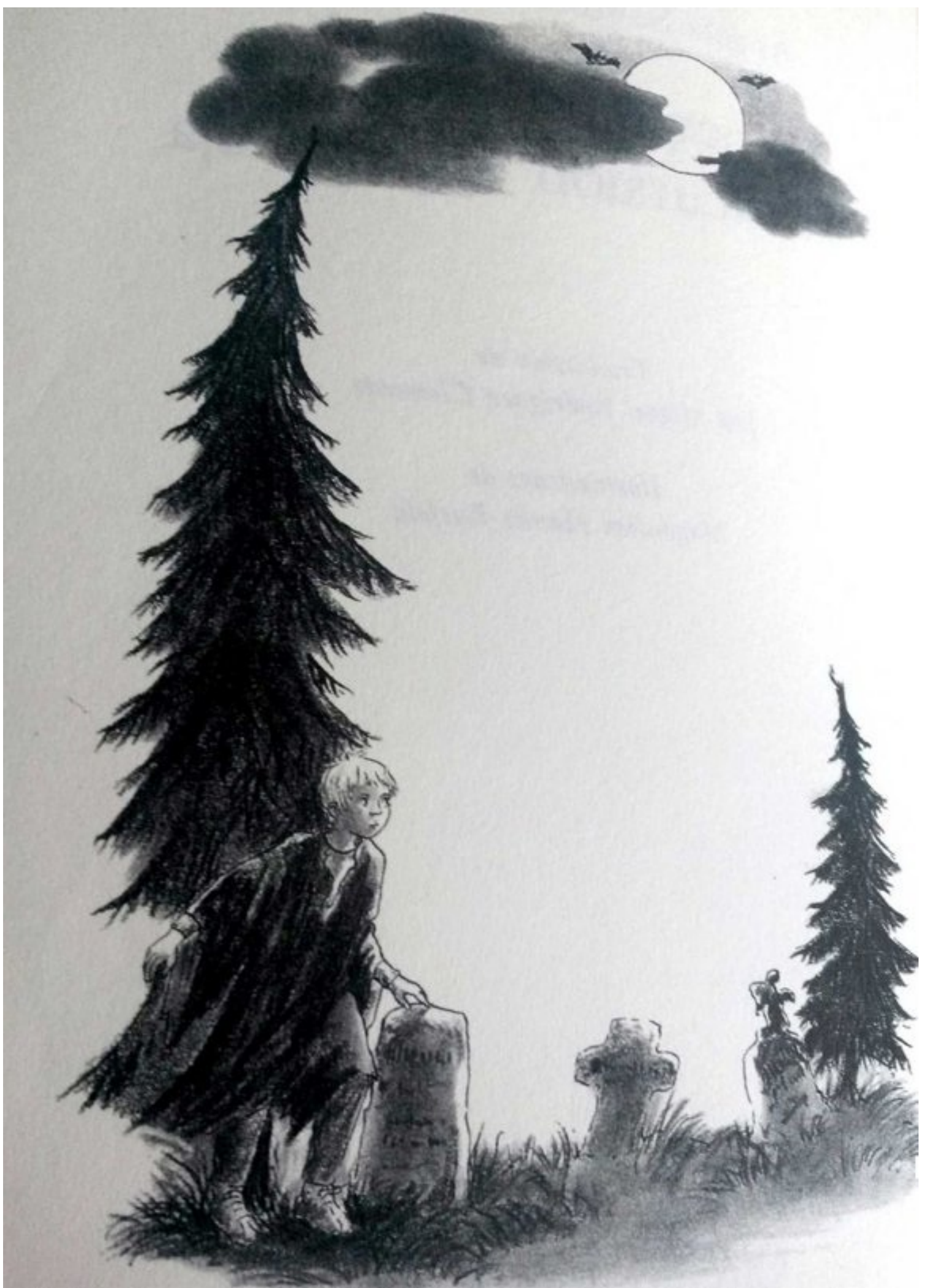
Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1992

Ilustraciones: Magdalene Hanke-Basfeld

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.2





Este libro es para Burghardt Bodenbug, que ahora ya tiene dos dentaduras de vampiro; además es para todos los que (como yo) saben lo estupendo que puede ser, pero también lo nervioso que le puede a uno poner, un viaje con la clase.

Angela Sommer-Bodenbug

¿Estás haciendo el equipaje?

«De repente se oyó un crujido entre los matorrales» ...dijo la voz grave que salía de la radio de Anton.

Anton, que estaba ocupado en preparar su mochila, dio un respingo. Miró hacia la radio..., expectante por enterarse de cómo seguía la historia.



«Y entonces una figura salió de entre las sombras de los grandes árboles», siguió diciendo la voz del narrador. «Era un hombre vestido de oscuro, y llevaba algo en la mano: ¡un garrote!»

Justo en ese momento golpearon el cristal de la ventana y Anton pegó un grito.

Pero luego miró hacia la ventana y se puso colorado. La figura vestida de oscuro que quería entrar en *su* casa no llevaba ningún garrote en la mano. ¡No, no, incluso sonreía!

Anton apagó la radio rápidamente. Fue corriendo a la ventana y la abrió.

Allí fuera estaba Anna mirándole tiernamente.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Sí, claro —contestó él tosiendo apocado. ¡Seguro que Anna se había dado cuenta de su sobresalto! Y probablemente tampoco su grito le había pasado desapercibido. ¡Los vampiros tienen muy buen oído!

Y buena vista: Anna observó sorprendida la mochila y preguntó:

—¿Estás haciendo el equipaje?

—Sí, por desgracia.

—¡Pero si yo creía que el viaje de vuestra clase se había suspendido!

—Sí, eso creía yo también.

—¿No habías dicho que tu profesora se había puesto enferma? —preguntó Anna.

—Sí —le confirmó Anton—. *Está* enferma, pero nuestro profe de matemáticas, el señor Fliegenschneider^[1], está al quite.

—¿Cómo que... está al quite?

—El señor Fliegenschneider irá en sustitución de mi profesora. Él no tiene su propia clase y por eso es *él* el que viaja con nosotros a Fosavieja.

A Anna le temblaron las comisuras de los labios.

—¡Qué faena!

Anton asintió con tristeza.

—Con el señor Fliegenschneider el viaje de nuestra clase será todavía más aburrido.

—¿Y no podéis hacer nada?... ¿Una huelga o algo parecido?...

—No, nada de nada. Las habitaciones de la granja escolar ya están reservadas, el autobús está ya encargado...



—¿Él autobús? —dijo Anna iluminándosele los ojos—. ¿Vais en autobús? Un autobús tiene unos portaequipajes grandes, ¿no?

Anton se imaginaba en qué estaba pensando Anna al decir aquello: en que ella podría transportar su ataúd en los portaequipajes. Sin embargo, esa era una esperanza vana.

—Nos vamos mañana —declaró—, a las nueve y media.

—¿Viajáis de día? —preguntó decepcionada Anna.

Él asintió con la cabeza.

—Es que el viaje solamente dura desde el lunes hasta el viernes. Y el señor Fliegenschneider nos tiene preparado un programa enorme. En cuanto hayamos deshecho el equipaje quiere hacer una marcha con nosotros.

—¡Puf, qué rollo! —protestó Anna.

Anton sacó de debajo de la cama sus nuevas zapatillas de deporte, que le llegaban hasta los tobillos.

—Mira, me las han comprado a propósito para las caminatas.

Probablemente sean lo único bueno de todo el viaje.

Anna cerró los puños.

—¡A mí me gustaría ir contigo de viaje con tu clase! ¡Pero Rüdiger seguro que no me va a ayudar a llevar mi ataúd volando a Fosavieja!

—¿Y si se lo pides?

—No —dijo Anna sacudiendo la cabeza—. Desde que Olga y tía Dorothee se largaron ya no hay quien pueda hacer nada razonable con Rüdiger. Y Lumpi tampoco me ayudará. Ése se pasa todas las noches en su... ¡ja!... «Sociedad Filarmónica para Hombres.» Y mis padres y mis abuelos, con el fracaso de los esponsales de la tía Dorothee, se han vuelto mucho más desconfiados —añadió—. Les tendría que contar con todo detalle por qué me voy de viaje, adonde y a quién voy a ver.

Anna sorbió por la nariz y exclamó:

—¡Nosotros siempre salimos perdiendo, siempre!

Anton, que estaba cortado, se puso a revolver en su mochila. Anna tenía razón: la existencia de los vampiros no era realmente nada fácil. Les amenazaban peligros por todas partes: guardianes de cementerio, cazadores de vampiros..., y últimamente también investigadores de vampiros como el profesor Piepenschnurz. Él había intentado, bajo el nombre supuesto de Igno Rante, casarse con un miembro de la familia Schlotterstein para llevar a cabo sus investigaciones «sobre el propio terreno».

—Iré a visitarte —le anunció Anna con gesto decidido.

—Eso no será tan fácil —repuso Anton—. En la granja escolar vamos a estar siempre vigilados. Y además sólo hay salas de dormir comunes.

—¿Salas de dormir comunes? —repitió perpleja Anna—. ¿No será..., con chicas?

Anton reprimió la risa.

—No. Las chicas duermen en la buhardilla y nosotros, los chicos, en la planta baja.

—¡Gracias a Drácula! —dijo Anna suspirando.

—¿Te apetece que hagamos algo? —preguntó ella después de una pausa mirándole esperanzada.

—¿Qué si me apetece? —Anton dudó. Su madre le había avisado de que volvería a repasar con él lo que se llevaba en la mochila—. Sí, pero...

El rostro de Anna se ensombreció.

—... pero tú ya estás pensando en las chicas de tu clase, ¿no?

—No, ¿por qué?

—Por la cara de distraído que pones. ¡Y porque ni siquiera te has dado cuenta de que me he puesto «Muftí Amor Eterno» especialmente para ti!

—Sí me he dado cuenta —replicó.

—¿Y por qué no has dicho nada? —preguntó Anna poniendo hocico.

—¿Por qué? No me ha dado tiempo —declaró Anton.

Y ya no le iba a dar, porque entonces oyó pasos en el pasillo.

—¡Mi madre! —suspiró.

Anna se subió ágilmente al alféizar de la ventana.

—¿Y no hay más que una sola granja escolar en Fosavieja? —preguntó.

—Sí, sólo una. Y la calle se llama Paz del Bosque.

—¿Paz del Bosque? —dijo Anna con una risita—. Pues entonces hasta pronto, Anton.

—¿Hasta cuándo? —preguntó él.

—Si es por mí, mañana mismo —contestó ella y salió volando hacia la oscuridad de la noche.

Inmediatamente después entró en la habitación la madre de Anton.

—¿Todavía no has terminado? —preguntó.

—No, ¿para qué —gruñó él—, si de todas formas vas a volver a revolverlo todo?

—Eso lo hago por tu bien —respondió—. Para que no seas uno de los chicos a los que luego les falta lo más importante.

—De todas maneras voy a ser uno de ellos —refunfuñó Anton. Y era verdad: pues lo más importante eran... ¡sus amigos los vampiros!

Dientes venenosos

Por supuesto, Anton también tenía algunos amigos en su clase, pero su conversación durante el viaje en autobús giraba exclusivamente en torno al ping-pong, montar en bicicleta y las chicas.

Anton iba sentado en su asiento ya bastante atacado de los nervios.

—¿Y qué te parece *a ti* la nueva? —le preguntó entonces Ole, que se sentaba a su lado.

—¡¿Cómo me va a parecer?! —gruñó.

Ole dijo susurrando:

—Pues a mí me parece que está estupenda.

Anton entonces no pudo evitar una risita. ¡Aquel no era el Ole que él conocía! Pero es que la nueva —se llamaba Viola y había llegado a su clase no hacía más de una semana— estaba realmente estupenda con su largo pelo rubio, sus grandes ojos azules y su naricilla respingona.

Lo que a Anton le molestaba de ella era sobre todo su parecido con Olga von Seifenschwein, el gran amor del pequeño vampiro. Y parecía que era exactamente igual de presumida y egoísta que Olga.

—En la granja escolar deberíamos organizar inmediatamente una noche de discoteca —propuso Henning, que estaba una fila más atrás que Anton y Ole—. A lo mejor la nueva baila igual de bien que está.

—¿Una noche de discoteca? —repitió Anton poniéndolo en duda—. ¿Con el señor Fliegenschneider? ¡Yo apuesto más bien por una marcha nocturna!

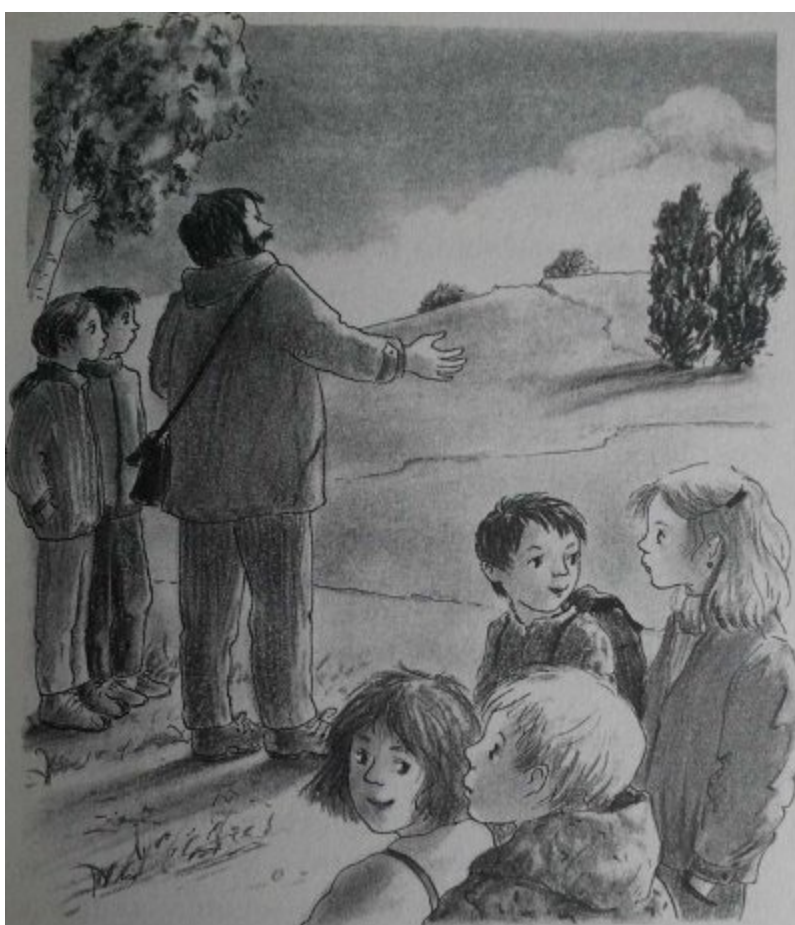
Pero la marcha la hicieron ya antes de comer. Anton y los demás apenas tuvieron tiempo para colocar bien sus cosas dentro de los estrechos armarios y hacer las camas. Eran literas, y en el dormitorio de Anton había tres.

A hacer las camas les estaban ayudando la señora Zauberhut y la señora Nusskuchen^[2]: dos madres que habían ido con ellos para ayudar al señor Fliegenschneider.

A pesar de ello lo de hacer las camas parecía estar durando una eternidad. Cuando Anton todavía estaba afanándose con la vieja y pesada manta de lana, en la que ponía «Escuela al Aire Libre de Fosavieja», el señor Fliegenschneider les metió prisa, pues era imprescindible ver los maravillosos alrededores.

—Maravillosos alrededores...

En opinión de Anton aquél era un paraje aburridísimo. Colinas arriba, colinas abajo, y siempre se ofrecía el mismo paisaje: una nueva colina, árboles, matorrales, brezo.



—¿Hay serpientes aquí, señor Fliegenschneider? —preguntó Sebastian.

—¡Seguramente querrás decir serpientes venenosas! —le corrigió el señor Fliegenschneider.

Un par de niños gritaron, la que más fuerte Viola.

—Aquí como mucho habrá luciones —la tranquilizó el señor Fliegenschneider—. Y esos no tienen dientes venenosos.

—Yo me quiero ir a mi casa —lloriqueó Viola.

—Si no te sales del camino no te pasará nada —contestó la señora Nusskuchen.

—¡Exacto! —dijo el señor Fliegenschneider—. Además, está prohibido abandonar los caminos.

Y prohibidas estaban también un montón de cosas más, de eso se dio cuenta Anton después de la —sorprendentemente buena— comida. Les pusieron caldo de gallina y flan de vainilla con salsa de frambuesa.

A continuación el director de la granja, el señor Greulich, a quien el nombre le pegaba perfectamente^[3], dio una larga conferencia sobre todo lo que estaba prohibido en su granja escolar.

—Es difícil encontrar algo que esté permitido, ¿eh? —le susurró Ole a Anton.

Anton repuso irónicamente:

—No hay problema. Irse a la cama a las seis de la tarde y apagar la luz en seguida, ayudar a fregar en la cocina, pelar patatas, no correr, no gritar, no poner música...

Por su conversación, a Anton y a Ole les cayó en el acto una reprimenda del señor Fliegenschneider. Y como castigo tuvieron además que recoger los platos.

—Preferiría escaparme de aquí —suspiró Ole.

—¿Apilar^[4]? —dijo Anton con una risita—. No deberías llevar tantos platos de una vez. Si no, puede que tengas que comprar platos nuevos con tu dinero.

Ole se quejó.

—Oh, no, eso sí que no. Mis diez marcos son lo único que me queda.

—No creo que te vayas a poder comprar muchas cosas con ellos —dijo Anton—. La tienda más próxima está por lo menos a cinco kilómetros de distancia.

Por lo demás a Anton le quedaba otra cosa: la idea de que Anna fuera de verdad de visita aquella misma noche. Y por si acaso Anton se había llevado su capa de vampiro..., o mejor dicho: la de tío Theodor.

Callos y ampollas

A primera hora de la tarde el señor Fliegenschneider quiso ascender a las Montañas Peladas, que, supuestamente, *sólo* estaban a una hora de marcha a pie.

Pero Maja y Pedro, los delegados de la clase, pudieron convencer a la señora Zauberhut y a la señora Nusskuchen de que con *una* marcha ya tenían suficiente. Y las dos madres, a su vez, le hicieron desistir al señor Fliegenschneider de sus ambiciosos planes... por lo menos durante aquel día.

—Debe de querer entrar con nosotros en el libro Guinness de los Récords —opinó Tatjana.

—Nosotros no somos capaces de andar tantos kilómetros como para entrar —replicó Sebastian.

—No, no por los kilómetros —dijo Tatjana—. ¡Sino por los callos y las ampollas!

En lugar de caminar lo que hicieron fueron juegos.

Y después de la cena, que con el té de níspero silvestre y la papilla de avena que les pusieron no le gustó a nadie..., excepto al señor Fliegenschneider, que se comió tres platos llenos hasta el borde..., tuvieron «tiempo libre».

Pero allí, en la «Paz del Bosque», poco podían hacer con su tiempo libre.

—¿Le has preguntado realmente al señor Fliegenschneider lo de la discoteca? —le preguntó Ole a Henning.

—Sí, claro —contestó Henning.

—¿Y?

—Ha dicho que, si acaso, la última noche.

—¿La última noche? —repitió indignado Ole—. ¡Para entonces ya nos habremos muerto de aburrimiento!

Anton se rió burlonamente para sus adentros. Ya se encargaría él de divertirse... ¡junto con Anna! Aunque... primero tenía que conseguir salir de su habitación sin que se dieran cuenta y encontrarse fuera con Anna.

¿Sería verdad que iría aquella noche?

«En cualquier caso, sería bueno que todos se durmieran lo antes posible: ¡mis compañeros, el señor Fliegenschneider y las dos madres!», pensó Anton. Lo mejor era irse a la cama el primero y dar ejemplo...

Así fue como Anton ya estaba en la cama a las nueve y media.

A sus compañeros de habitación les dijo que era por el señor Fliegenschneider... y porque si por las noches había silencio, él estaría más dispuesto a lo de la discoteca y, sobre todo, lo aceptaría mucho antes.

Aquellas atractivas perspectivas hicieron que apagaran la luz a las diez menos cuarto y sólo hablaran entre ellos susurrando. Y con los susurros rápidamente les entró sueño y se quedaron dormidos..., todos excepto Anton.

Estaba debajo de su manta de lana esperando a que también se hiciera el silencio en las demás habitaciones. Pero no paraban de sonar puertas ni de ir gente riéndose al lavabo. Y el alboroto iba incluso en aumento. Cada vez se cerraban las puertas con más violencia, las risas y las voces eran

cada vez más altas.

Finalmente apareció en escena el señor Fliegenschneider. Anton reconoció sus enérgicos pasos en el pasillo, y luego el señor Fliegenschneider empezó a echarles la bronca:

—¡Como no os calléis inmediatamente mañana andaremos treinta kilómetros! Y pasado mañana treinta y cinco. Y el jueves cuarenta. ¡Ya veremos si después de eso hay alguien que todavía abra la boca!

De repente todo se quedó en silencio..., en un silencio casi inquietante, según le pareció a Anton. Era evidente que la amenaza del señor Fliegenschneider había dado resultado. Bien es cierto que Anton oyó aún algunas risitas aisladas y que un par de veces alguien tosió por el pasillo, pero por lo demás todo estaba tranquilo. Y finalmente —Anton miró su reloj y vio que ya eran las once— debía de haberse dormido ya el último. ¡No, aún había uno despierto!: ¡Él!

Anton se levantó. Se puso su chándal y se fue hasta la puerta. La abrió con cuidado. Chirrió..., justo como él se temía, pero no ocurrió nada.

Anton atravesó de puntillas y sin hacer ruido el pasillo y llegó al comedor. Allí abrió una ventana y salió por ella. Le envolvió el aire fresco de la noche, y muy cerca de él cantó una lechuza.

¿O no había sido ningún grito de lechuza?

De repente a Anton le empezó a palpitar el corazón. ¿Es que podía estar seguro de que era Anna quien le estaba esperando allí? Al fin y al cabo, ella había dicho que sus padres y sus abuelos se habían vuelto mucho más desconfiados. ¿Y si uno de los vampiros adultos le había seguido?...

«¡Pero Anna se hubiera dado cuenta si la hubiera seguido alguien!», pensó Anton. «Y en ese caso no se le habría ocurrido venir volando a la granja escolar.»

Por tanto, sí tenía que haber sido una lechuza. Anton acechó con curiosidad hacia los grandes y viejos árboles que había delante de la granja.

Y efectivamente: entonces descubrió un gran pájaro negro que estaba acurrucado sobre una rama mirándole fijamente. «¡Qué lechuza tan enorme!», pensó.

Pero luego se dio cuenta de que no era ninguna lechuza, sino... ¡un vampiro!

¡Qué casualidad!

—¿Anna? —preguntó cautelosamente.

Se oyó una ligera risa, y una voz clara dijo:

—Buenas noches, Anton.

Le volvió a palpar el corazón, pero en esta ocasión de alegría y de alivio.

—¡Hola, Anton! —dijo entonces una segunda voz más grave.

Anton vio entonces que junto a Anna había una segunda figura vestida de oscuro.

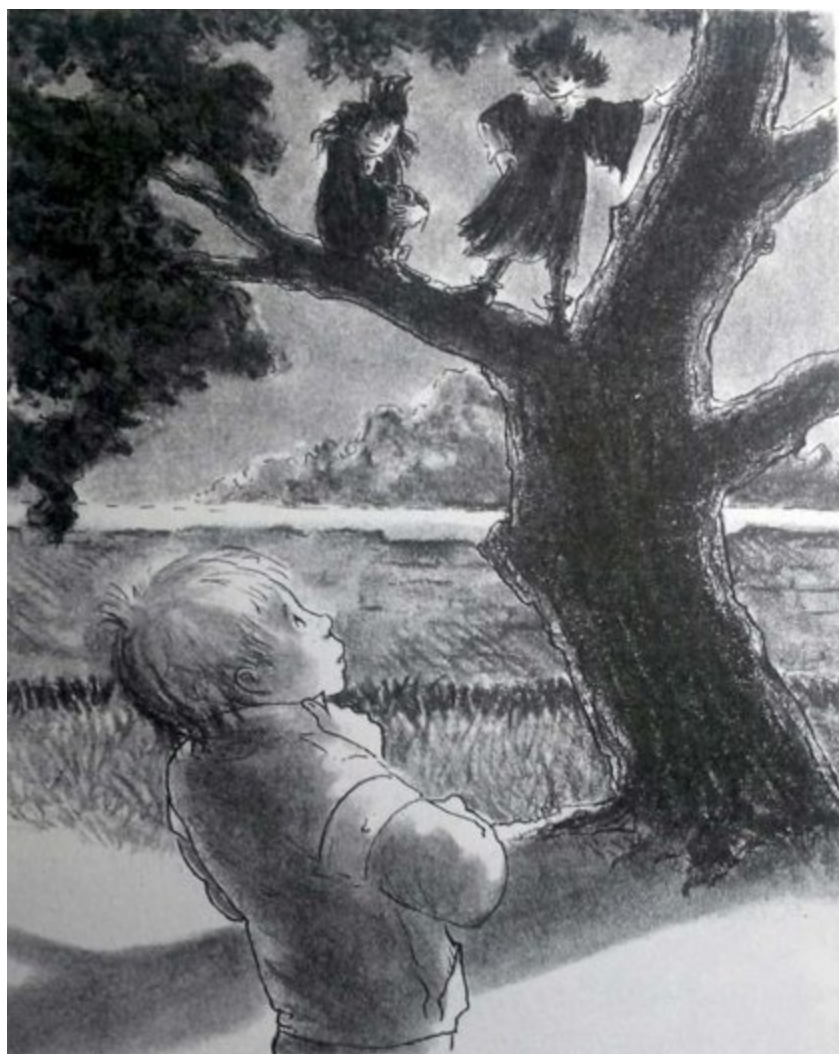
—¿Eres tú, Rüdiger? —preguntó mitad alegre, mitad incrédulo.

—Qué sorpresa, ¿verdad? —dijo el pequeño vampiro—. Sí, es que quería saber si realmente los viajes con la clase son tan emocionantes como Anna afirma.

—¿Emocionantes? Casi no hay nada más aburrido —le rebatió Anton.

—¡Pues por mucho que digas a mí no me parece nada aburrida esa rubia tan guapa! —dijo el pequeño vampiro con una risita señalando hacia las ventanas de la buhardilla—. Si no hubiera echado las cortinas...

—¿La rubia guapa? —dijo Anton figurándose todo.



—Rüdiger opina que se parece a Olga —revelo Ana.

—Oh, no... —dijo Anton suspirando en voz baja. ¡Sólo podía ser Viola!

—Eso no es verdad —bufó el pequeño vampiro—. Nadie puede parecerse a Olga... Pero el tipo... —siguió diciendo en tono exaltado el vampiro—, sí que tiene el mismo tipo que Olga. ¡Y además también se cuida tanto como ella!

—¿Cómo que se cuida? —dijo Anton.

—Se ha estado cepillando el cabello por lo menos media hora —le informó Anna.

—Con un cepillo rosa —añadió el pequeño vampiro suspirando—. Luego pregunto bruscamente: —Dime, Anton, ¿no podrías organizar un compromiso?

—¿Un qué?... —preguntó Anton haciendo como que no había entendido.

—Una cita —contestó el pequeño vampiro y bajó volando hasta él—. ¿Mañana por la noche, quizá, nada más ponerse el sol?

—¿Y con quién? —siguió haciéndose el ignorante Anton.

—¿Con quién? ¿Con quién? —bufó el pequeño vampiro—. Con la rubia guapa, naturalmente. ¿O es que acaso estás *tú* interesado en ella? —preguntó indignado después de una pausa.

—¡Sí, *eso* me gustaría saber también a mí! —exclamó Anna. Con gesto huraño aterrizó delante de Anton—. A ti te gustan las chicas rubias de pelo largo, ¿no es cierto? —preguntó agresiva.

—El color del pelo me da igual —repuso Anton—. A mí me gustan las chicas *simpáticas* como tú.

—¿De verdad? —dijo Anna sorbiendo conmovida con la nariz.

—Y Viola no me interesa —declaró Anton con voz firme.

—¿Viola? ¿Se llama así? —inquirió el pequeño vampiro.

—Sí.

—Viola... El mismo nombre que el del segundo gran amor del Conde Drácula: Viola la Recatada —murmuró el pequeño vampiro arrobado.

Anton se rió irónicamente y dijo:

—¿El *segundo* gran amor? ¡Qué casualidad!

—¿Qué quieres decir con eso de «casualidad»? —preguntó en tono poco amistoso el pequeño vampiro.

—Bueno, pues... Las coincidencias entre el Conde Drácula y tú...

—¿Verdad que sí? —dijo el pequeño vampiro riéndose satisfecho consigo mismo—. Bueno, pues entonces ya estamos citados —aseveró.

—¿Citados?

—Sí. Mañana, poco después de que se ponga el sol, os estaré esperando a Viola y a ti —dijo con una risita—. Allí, en la linde del bosque —añadió altisonante.



—Pero... —empezó a decir Anton. El vampiro, sin embargo, ya había extendido los brazos por debajo de su capa.

—Confío en ti —dijo con voz de ultratumba—. ¡Bueno, y ahora *tengo* que hacer algo contra mis terribles retortijones de estómago!

Se elevó entonces en el aire y rápidamente se marchó de allí volando.

Negro negrísimo

—¡Un verdadero amigo! —le dijo Anton a Anna furioso.

—Yo me alegro de que haya venido conmigo —repuso Anna—. Últimamente no tiene ninguna gana de nada. Nuestra abuela, Sabine la Horrible, dice que Rüdiger está pasando una depresión anímica.

—¿Una depresión anímica? —repitió Anton. ¡Y es que aquello sonaba realmente amenazante!

Anna asintió con la cabeza.

—Lo ve todo negro negrísimo. Pero es que es para sentir pena por Rüdiger: primero el programa de entrenamiento con el psicólogo en el que tantas esperanzas había depositado. Y al final todo no fue más que un fraude...

—¿Un fraude? —dijo indignado Anton—. Fue un experimento, un experimento científico —le corrigió—. ¡Y el señor Schwartenfeger nunca *prometió* que le fuera a curar a Rüdiger de su miedo a los rayos del sol!

—Se lo prometiera o no, el caso es que Rüdiger creyó en el programa —contestó Anna—. Y cuando uno cree en algo y luego se lleva un desengaño... es como si se cayera uno en un profundo y negro agujero, dice mi abuela.

Anton se pegó un susto.

—¿Tu abuela dice eso? ¿Sabe acaso que Rüdiger hizo el programa del señor Schwartenfeger?

—No, ¿cómo puedes pensar eso? —le tranquilizó Anna—. Además, a Rüdiger no sólo le ha decepcionado el señor Schwartenfeger. Ha habido un montón de cosas que se le han venido encima: la decepción por lo del psicólogo, el desenmascaramiento de Igno Rante, que Olga se haya marchado con tía Dorothee... y sobre todo ¡que ella haya preferido a Hugo el Peludo antes que a él!

—¿Dijo eso Olga?

—No. Nos lo ha contado Waldi el Malo. Olga ni siquiera se despidió de Rüdiger.

—¿No?

—Antes se habría despedido de ti —dijo furiosa Anna.

—Conmigo Olga no estuvo —aseguró Anton—. Y luego añadió: ¡Afortunadamente!

Anna sonrió aliviada.

—Y como Rüdiger tiene esa depresión anímica por eso me alegro de que se haya venido conmigo esta noche —siguió diciendo ella—. Y luego esa Viola...

¡Tienes que hacer todo lo posible para que acuda mañana por la noche a la cita!

—¿Qué quieres decir con... «todo»? —preguntó Anton riéndose burlón.

—¡Bueno, pues que tienes que convencerla! Tú ya sabes cómo se hace.

—Pero a gusto no lo hago —recalcó Anton.

—¿Y por qué no? —preguntó Anna.

—¡Porque a mí Viola realmente no me gusta!

—Ay, Anton —exclamó Anna mirándole con una tierna sonrisa—, ¡de qué forma tan dulce lo has dicho!

Anton tosió.

—¿Has tenido algún problema para encontrar la granja escolar? —preguntó rápidamente para desviar la atención.

—No. Incluso ha sido bastante fácil.

—¿Y tu familia?

—Les he contado que quería mezclar un nuevo perfume, «Muftí Irresistible», y que para eso necesitaba hierbas extraordinariamente raras y por eso tenía que volar hasta muy lejos... Sí, y también les dije que Rüdiger tenía que acompañarme porque así él pensaría en otras cosas.

—¿Y cómo has conseguido convencer a Rüdiger de que viniera contigo? —preguntó Anton.

—Oh, sencillamente afirmé que en tu clase había una chica estupenda... y que él ahora, con el viaje de vuestra clase, tenía una oportunidad única para conocerla.

—Pero, ¿cómo podías saber tú eso? —preguntó perplejo Anton.

—¡No tenía ni idea! —dijo Anna con una risita—. Lo de la chica sencillamente me lo inventé... para animarle a Rüdiger. Al principio tampoco estaba nada interesado..., porque no quería serle infiel a Olga, ¡imagínate! Pero le hice ver que *tenía* que poner celosa a Olga si quería quedar por encima de Hugo el Peludo. Y eso fue lo que terminó de convencerle.

Anna se frotó las manos satisfecha.

—Y luego aquí, en la granja escolar, esta increíble casualidad... No, casualidad no: ¡suerte! ¡Una chica que parece hermana de Olga! Rüdiger al principio no se lo podía creer. Y yo mucho menos todavía. —La risita de Anna subió de tono—. ¡Una providencia de Drácula, como diría mi madre, Hildegard la Sedienta!

—¿Una providencia de Drácula?

Anton notó cómo le corrían escalofríos por la espalda.

Y es que no sólo tenía que convencer a Viola para una cita con alguien completamente desconocido para ella, sino que además ese desconocido era... ¡un vampiro!

—Me voy a marchar —dijo Anna mientras él estaba sumido en sus pensamientos.

Anton se sobresaltó.

—¿Ya?

—Puedo tardar mucho en encontrar todas esas hierbas raras —contestó Anna sacando una bolsa negra de debajo de su capa—. Si no la lleno hasta arriba, mis padres y mis abuelos sospecharán... Y, además, mañana por la noche tendremos tiempo de sobra —dijo dulcemente.

—¿Mañana vienes también? —preguntó Anton.

—Pues claro que sí —respondió—. Tú no tienes más que presentar a esos dos.

Y después seguro que a Rüdiger le resultas molesto. Y entonces nosotros, tú y yo, podríamos hacer algo.

—Hum, sí.

Anton seguía teniendo aquella sensación incómoda por lo del pequeño vampiro y su cita con Viola.

«Pero, bueno», pensó, «Anna estará también»... Y además no estaba nada seguro de que fuera a conseguir convencer a Viola de que acudiera a una cita con Rüdiger.

—Entonces hasta mañana —dijo tiernamente Anna.

—Sí, hasta mañana —contestó él.

Anna movió los brazos y salió volando en seguida.

Anton la siguió con la mirada hasta que la oscuridad de la noche se la tragó. Luego regresó por la ventana al comedor.

Sin encontrarse con nadie, Anton llegó a su habitación. Se quitó el chándal y se metió bajo la manta de lana. Ole, que dormía en la cama de arriba, roncaba muy fuerte.

Pero Anton estaba tan cansado que a pesar de eso se quedó dormido en seguida.

Las Peñas del Diablo

A la mañana siguiente tenían en el programa, según les anunció con gesto misterioso el señor Fliegenschneider, una marcha a las Peñas del Diablo.

Como el nombre sonaba bastante prometedor, sólo hubo unos pocos de la clase de Anton que gruñeron. Anton no fue uno de ellos. Se había propuesto aprovechar la marcha para entablar conversación con Viola.

Ya durante el desayuno Anton se había preparado un plan. Fuera como fuese, no lo haría como los demás chicos, que siempre estaban revoloteando alrededor de Olga y que la ponían por las nubes abiertamente. A esos admiradores Viola los trataba con bastante desprecio..., exactamente igual que había hecho Olga con el pequeño vampiro.

Anton también quería mantenerse cerca de Viola, pero «ignorándola» a propósito para, así, picarle la curiosidad... y su orgullo, ¡pues seguro que Viola no podía soportar que un chico no la hiciera *ni caso*!

Su plan parecía estar teniendo éxito. Mientras Anton caminaba junto a ella haciendo como si para él no existiera, Viola le iba observando constantemente.

Al fin le habló:

—¿Tú también eres nuevo en la clase?

—No, ¿por qué? —contestó él.

—Por lo tímido que eres, ¡ji, ji, ji! —dijo Henning haciéndose el importante.

Había estado todo el rato contando chistes estúpidos de los que sólo se reía él mismo.

—Yo no soy tímido —replicó muy digno Anton—. Pero es que los chistes estúpidos me atacan los nervios.

—A mí también —dijo Viola. Y después de una pausa preguntó—: Tú ya debes de ser mayor, ¿no?

—¿Mayor? —repitió Anton.

—Sí, tu eres tan tranquilo y tan serio —dijo ella mirando a la redonda—. Aquí los demás son bastante infantiles, pero tú...

Anton se mordió la lengua para no reírse.

—Tú te llamas Anton, ¿verdad? —dijo entonces Viola.

Él asintió con la cabeza. Ella soltó una risita afectada. Luego se volvió hacia su amiga Sonja y empezó a cuchichear con ella.

Anton siguió andando con fingida indiferencia. Estaba seguro de que había superado el primer obstáculo: despertar el interés de Viola. ¡Y todo lo demás ya iría saliendo!

En las Peñas del Diablo, que no tenían ni el más mínimo aspecto «diabólico», sino que eran pedregales de roca gris normales y corrientes, Anton se sentó encima de una piedra a unos cuantos metros de distancia de Viola y desenvolvió su segundo desayuno.



De vez en cuando levantaba la vista hacia donde se encontraba Viola, que estaba cercada por ocho chicos y parecía bastante aburrida... porque Henning estaba otra vez queriendo destacar con sus chistes.

De repente Viola se puso de pie y se dirigió hacia Anton.

—Hay algunos chicos que son unos auténticos palizas —se quejó tomando asiento al lado de él—. Y los peores de todos son los que ni siquiera se dan cuenta de ello.

Anton se rió burlón.

—¿Y tú? —preguntó Viola—. ¿Siempre estás solo?

—No —contestó él—, pero es que la cordialidad forzada no me gusta nada.

—¡A mí tampoco! —dijo Viola suspirando—. En general odio los viajes con la clase. Todo es tan primitivo: los dormitorios, los lavabos... —dijo mesándose sus rubios rizos—. ¡Ayer tuve que lavarme la cabeza con agua helada!

—¿De veras? —dijo simplemente Anton.

—Muy hablador precisamente no eres —observó ella mirándole con las cejas arqueadas.

—¿No ves que nos están mirando? —replicó Anton.

Viola hizo una mueca.

—¡Sí, esos aburridos de ahí! Pero a mí esos y sus chistes malos me traen sin cuidado.

—No, no me refiero a ellos.

Anton tuvo que hacer esfuerzos para permanecer serio. Se le acababa de ocurrir la idea de cómo podía provocar aún más el interés de Viola. La palabra mágica era... ¡celos!

—Tatjana —susurró—. ¡Ella es la que nos está mirando!

—¿Tatjana? —dijo sorprendida Viola.

—¡Chiss! —dijo Anton poniéndose un dedo en los labios—. No debe enterarse de que estamos hablando de ella.

—¿Y por qué no?

—¡Porque entonces se va a poner muy celosa!

—¿Celosa? ¿Es que Tatjana es tu novia?

—Bueno, no..., no exactamente.

—¿Cómo que... no exactamente?

—Porque hoy quiero romper con ella. Hoy, después de la cena —afirmó Anton.

—¿De veras? —preguntó Viola con una risita—. ¿No será que quieres intimar con *otra* chica?

Anton estuvo a punto de reírse. Sabía, naturalmente, a qué *otra* chica se refería Viola: ¡a ella misma!

—Sí, es posible —dijo con acentuado misterio. Y luego añadió—: ¿Por qué no vienes esta noche al patio cuando haya oscurecido? ¡Entonces te lo contaré todo!

—¿Cuándo haya oscurecido? —preguntó Viola, a quien la propuesta parecía haberle gustado—. ¿Habrás roto para entonces ya con Tatjana? —preguntó echándole una mirada a Tatjana... una mirada triunfal, según pudo comprobar Anton.

—Sí, seguro —dijo él.

Ella se rió con coquetería.

—Bien —susurró—. ¡Hasta esta noche!

Y con la cara más inocente del mundo se levantó y se fue a sentar de nuevo en el corro de sus admiradores.

Anton la siguió satisfecho con la mirada. En realidad no era ningún plan diabólico el que había tramado allí, en las Peñas del Diablo, ¡pero todo había salido tan bien que casi estaba por creer que le había ayudado algún poder diabólico!

«¡Probablemente el poder del amor!», pensó Anton, y ahora se rió burlón.

Durante el camino de regreso todos se quejaron de que las Peñas del Diablo habían sido una completa decepción y dijeron que se podían haber ahorrado la marcha hasta allí.

—¡Y las ampollas! —añadió Melanie.

Anton, por el contrario, se sentía francamente animado; ¡probablemente porque había tenido suerte y había conseguido convencer a Viola para la cita de aquella noche!

Sin embargo, su buen humor se esfumó cuando, ya en la granja escolar, todos tuvieron que escribir una carta a sus casas. Y no fue sólo eso, sino que después el señor Fliegenschneider repartió cuadernos y les comunicó que a partir de entonces tenían que llevar un diario.

—¿Y eso por qué? —exclamó Ole.

—Pues para que no sigáis yendo por los alrededores como gallinas espantadas y tengáis ojos para la belleza —contestó el señor Fliegenschneider.

—¿Para la belleza? —se rió Henning tapándose la boca con la mano—. ¡A mis ojos no se les escapa ninguna belleza, ji, ji!

—Hay que escribir dos páginas diarias como mínimo —prosiguió el señor Fliegenschneider—. ¿O acaso te creías que estás aquí por placer?

—Sí, eso era lo que yo creía —gruñó Stefan.

Y, así, estuvieron sentados en el comedor inclinados sobre sus cuadernos, exactamente igual que en el colegio.

Suspirando, Anton se puso a describir los dos primeros días..., naturalmente guardándose su encuentro nocturno con Rüdiger y Anna. Y también se calló su cita de esa noche con Viola.

Finalmente Anton consiguió llenar dos páginas con la letra más grande que pudo. Se levantó y se fue al patio con los que ya habían terminado antes que él.

—Diario, carta a casa... ¡Esto es terrorismo psicológico! —se quejó Sebastian.

Anton se rió burlón.

—No, esto es un viaje de la clase.

—No deberíamos consentir todo esto —opinó Ole—. Tenemos que hacer contrapropuestas: marcha nocturna, caza con papelillos, fuego de campamento, noche de discoteca... Y luego tenemos que poner a la señora Zauberrhut y a la señora Nusskuchen de nuestra parte.

—Propuestas sí que podemos hacer, claro —dijo Anton más bien pesimista—. Pero que tengamos éxito con el señor Fliegenschneider...

Las dudas de Anton demostraron estar plenamente justificadas. Con respecto al tema de la marcha nocturna al señor Fliegenschneider le pareció demasiado peligrosa debido a la supuesta existencia de «charcas pantanosas» y «hoyos en el suelo». Lo de la caza con papelillos lo rechazó de plano: «pisotearíais a miles de escarabajos inocentes», afirmó.

Un fuego de campamento o una discoteca lo dejó como posible para la última noche..., siempre que los días que quedaban transcurrieran «sin mayores contratiempos».

—El mayor contratiempo es el propio señor Fliegenschneider —declaró Sebastian rechinando los dientes.

—Si por mí fuera, hacía ahora mismo las maletas —gruñó Ole.

El humor de Anton, comprensiblemente, era menos sombrío.

—A un mal día le sigue una buena noche —declaró.

Pensando en las musarañas

Sin embargo, la noche no empezó precisamente muy bien: todos estaban sentados de mal humor en el comedor. Algunos seguían escribiendo sus diarios o hacían dibujos para mejorar sus notas. Otros jugaban a las cartas... ¡pero en voz baja!, tal y como les había exhortado el señor Fliegenschneider. Otros, por su parte, y para gran indignación del señor Fliegenschneider, estaban con la mirada perdida, pensando en las musarañas.

Dos chicas y dos chicos hacían ganchillo bajo la dirección de la señora Zauberhut; pero no hacían un sombrero mágico, sino un paño para agarrar los cacharros. En medio de aquel triste ambiente general Anton preguntó si podía leerles una historia.

El señor Fliegenschneider dudó.

—Pero tiene que ser una historia de la que podamos aprender algo —puso como condición.

—¡Oh, sí! De mi historia se puede aprender mucho, incluso —prometió Anton—. ¡Va de la lucha entre el bien y el mal!



—¿De veras? —dijo el señor Fliegenschneider, visiblemente satisfecho.

Las caras que pusieron sus compañeros, sin embargo, no fueron de tanta satisfacción. ¡Por lo que Anton había anunciado de modo tan altisonante se esperaban, seguro, algún «valioso» e «instructivo» texto del libro de lectura!

Anton se fue paseando complacido hasta su habitación y regresó con *El vampiro de Ámsterdam*, el libro que le había regalado la señora Virtuosa y que era de la Biblioteca Municipal del Valle de la Alegría. Lo abrió por una de sus historias favoritas: «El vampiro James Bradley», de Roger M. Thomas.

Sin desvelarles el título, comenzó a leer en voz alta.

Cuanto más leía Anton, con más interés le escuchaban los demás. Sí, el grupo de la señora Zauberhut casi hasta se olvidó del ganchillo. Sólo el señor Fliegenschneider ponía una cara cada vez más larga.

—¿Me puedes explicar, por favor, qué es lo que se aprende de esta historia? —preguntó sarcástico cuando Anton terminó.

—Que hasta en un viaje con la clase puede haber noches interesantes —dijo Viola con una risita y con la mirada dirigida hacia Anton.

Anton miró rápidamente hacia otro lado.

El señor Fliegenschneider gruñó algo incomprensible, y con una cara todavía más avinagrada de lo normal en él les ordenó que se fueran a sus dormitorios.

—Y al que haga ruido le dejo de pie toda la noche en el pasillo —les amenazó.

«¡Oh, no!», pensó Anton. ¿Cómo iba a poder salir entonces al patio?

Pero también en esa ocasión las palabras del señor Fliegenschneider parecieron surtir su efecto. ¿O se debió sólo al cansancio? El caso fue que poco después de las diez ya estaba todo en silencio.

Igual que la noche anterior, Anton saltó por la ventana... y se asustó al comprobar que en el edificio nuevo, en el que vivía el señor Greulich, había luz. La noche anterior Anton no había visto allí luz. Pero, bueno, también era cierto que el día anterior había salido una hora más tarde... «¿Y si el director de la granja está haciendo una última ronda antes de irse a dormir?, pensó Anton estremeciéndose de horror.

El señor Fliegenschneider no era ninguna amenaza para él: su habitación estaba al otro lado de la granja escolar. Y la señora Nusskuchen y la señora Zauberhut, por lo que Anton había averiguado, estaban alojadas en dos habitaciones de la buhardilla.

Miró hacia arriba, hacia las ventanas de la buhardilla. Estaban a oscuras. Pero de repente se abrió una ventana, y entonces oyó la voz de Viola:

—¿Anton?

—Sí —contestó él—. ¿Dónde estás?

Ella soltó una risita.

—Eso es para niñas pequeñas. ¡Espérame, que voy!

—Para niñas pequeñas... ¡Qué tierno! —dijo entonces una voz ronca detrás de Anton.

Se dio la vuelta y vio al pequeño vampiro.

—Rüdiger, ¿eres tú? —dijo sorprendido Anton.

—Sí —gruñó el pequeño vampiro—. ¡Y ya estoy bastante atacado de los nervios!

—¿Atacado de los nervios?

—¡Y de qué manera! ¿O acaso *a ti* te gustaría pasarte horas esperando en la linde del bosque?

«¿Horas?», pensó Anton. ¡Rüdiger ya volvía a exagerar enormemente, pues no hacía tanto, ni mucho menos, que se había hecho de noche!

En voz alta dijo:

—No, pero es que sólo puedo salir cuando todos se han dormido... Y tú deberías irte otra vez —añadió.

—¡¿Qué debo irme?! —gritó indignado el pequeño vampiro.

—Sí..., hasta que le haya hablado de ti a Viola.

—¡¿Qué?! ¡¿No le has dicho nada de mí?! —exclamó furioso el pequeño vampiro—. ¡Lo menos que podía esperar de ti como amigo era que le pintaras todos mis méritos de color de rosa!

—Sí, sí —dijo Anton—, pero es que me he pensado otra táctica.

—¿Otra táctica? ¿Qué significa eso?

—Es que Viola no te conoce en absoluto, ¿no es cierto? —preguntó Anton.

—Claro que no me conoce —bufó el vampiro. Y con una risita bobalicona añadió—: Desgraciadamente Viola y yo aún no nos conocemos.

—Y es bastante difícil que ella quiera encontrarse en la linde del bosque a las diez de la noche con alguien a quien no conoce, ¿no?

—Sí, es verdad —reconoció el pequeño vampiro.

—Sí, y precisamente por ese motivo he quedado yo con Viola —dijo Anton.

—Humm... —dijo pensativo el pequeño rascándose la barbilla—. ¿Y luego qué? Quiero decir: ¿cómo nos vamos a conocer por fin Viola y yo?

—La convenceré de que demos un paseo a la luz de la luna, y entonces nos encontramos por el camino contigo... ¡por pura casualidad, naturalmente! —declaró Anton—. Y entonces os presentaré. ¡Pero ahora, de verdad, deberías marcharte, Rüdiger! —le apremió.

—Está bien —dijo el pequeño vampiro—. ¡Y date prisa en convencerla!

Se alejó sin hacer ruido. Anton le siguió con la mirada hasta que Rüdiger desapareció entre los árboles.

Diez por cada dedo

De repente alguien le tocó en el hombro.

—¡Anna! —dijo él con alegría.

Anton se había estado preguntando todo el tiempo dónde estaría metida Anna.

Pero lo que vio, sorprendido, fue la cara de Viola.

—¿Anna? —dijo Viola haciendo una mueca con los labios—. ¡Debes de tener diez por cada dedo!

—¿Diez? ¿Diez qué? —preguntó Anton fingiendo no entender nada.

—¡Novias, diez novias! —bufó Viola.

—No, sólo tengo una —replicó Anton..., y además era verdad.

—¿Y esa Anna? —preguntó desconfiada Viola.

—¿Anna? Debes haber oído mal —repuso Anton—. Cuando me has tocado en el hombro he pensado que sería Tatjana y he dicho «¿Jana?».

—¿Jana?

—Sí, así la llamo a veces.

—Pues ha sonado como «Anna» —siguió en sus trece Viola.

—Sí, es posible —dijo Anton reprimiéndose la risa—. Pero, ¿por qué iba yo a decir «Anna» si no hay ninguna chica en la clase que se llame así?

—Es verdad —admitió apocada Viola.

Y tras una pausa preguntó de la forma enérgica que en ella era habitual:

—¿Y qué pasa entonces con Tatjana?

—¿Con Tatjana?

—¡Sí! ¿Es que no has roto con ella?

—Sí.

—Y entonces, ¿cómo es que has pensado que era ella cuando yo te he tocado en el hombro?

—Tienes razón, debería haberme dado cuenta —dijo con perspicacia Anton—, pues tú tienes unos dedos mucho más delicados que ella.

—¿De veras?

—Sí. ¡Y también te mueves mucho más silenciosamente!

Viola sonrió halagada.

—Es que no quiero que me pille el señor Fliegenschneider.

¡Aquello le vino a Anton que ni pintado!

—Sí, yo tampoco —dijo—. Y por eso deberíamos irnos de aquí, preferiblemente al bosque. Allí el señor Fliegenschneider no nos encontrará.

—¡Pero en el bosque hay lobos y jabalíes! —contestó Viola, que no parecía ser muy valiente que digamos.

—Los lobos ya hace mucho tiempo que se han extinguido en esta región —repuso Anton—. Y jabalíes sólo hay en lo más profundo del bosque, por las Peñas del Diablo, o más lejos todavía. Además, tengo una linterna. —Y poniendo en juego todos sus encantos añadió—: En el bosque es todo mucho más romántico, ¿no te parece?

Viola aún seguía dudando.

—No sé...

En ese momento se encendió la farola que había sobre la entrada de la casa del señor Greulich.

Poco después se abrió la puerta y resonó un carraspeo.

—¡El director de la granja! ¡Rápido, tenemos que escondernos! —susurró Anton.

Agarró del brazo a Viola y se la llevó de allí. Hasta que no llegaron al bosque Anton no se detuvo.



—¡Ay! —se quejó Viola frotándose el brazo.

—Perdona —se disculpó Anton—, pero no suponía que fuera a aparecer el señor Greulich.

Y para sus adentros añadió:

«¡Espero que no descubra que la ventana está abierta!»

Anton la había entornado, pero era posible que una ráfaga de viento la hubiera vuelto a abrir.

Si el director de la granja descubría la ventana abierta, por descontado que informaría de ello al señor Fliegenschneider. Y, probablemente, ambos buscarían entonces por los dormitorios para ver quién faltaba...

¡Mucho gusto!

—¿Y ahora? —preguntó Viola.

Anton se encogió de hombros y dijo:

—¿Ahora qué?

—¿No me has dicho completamente fascinado que en el bosque era todo tan «romántico»?

—Sí.

—¡Ja, pues yo no veo nada de eso! Ni siquiera se ve la luna. Y estrellas fugaces mucho menos todavía. Y no se oyen más que ruidos y crujidos. A mí esto no me parece romántico, ¡a mí me parece inquietante!

—¿Inquietante? —repitió abstraído Anton.

Estaba pensando en el señor Greulich y en lo que pasaría si se descubriera que él no estaba en su cama.

—¿No quieres encender al menos tu linterna? —siseó Viola.

—Sí, eso realmente sí que podías hacerlo —se dejó oír entonces una voz ronca y gutural, y luego el pequeño vampiro salió de detrás de unos matorrales—. No es muy cortés por tu parte que estés viendo impasible cómo tiembla de miedo esta bella y joven señorita.

Ahora Viola sí que temblaba de verdad. Y es que la repentina aparición de Rüdiger le había pegado un buen susto hasta a Anton.

En el tiempo que había pasado desde su llegada, el pequeño vampiro, probablemente con maquillaje, se había puesto algo «más humano»... Hasta en la penumbra que reinaba bajo los árboles se podían reconocer sus mejillas pintadas de rojo. Pero sobre todo se había rociado con un fuerte perfume que olía sospechosamente al «Muftí Amor Eterno» de Anna.

Anton soltó una tosecilla.

—Sí, sí —asintió con la cabeza el pequeño vampiro—. Aún te queda mucho por aprender en lo que respecta a cómo hay que tratar a una damisela tan encantadora como ésta.

—¿Quién?... ¿Quién es éste? —preguntó Viola.

No parecía estar asustada precisamente, sino más bien sorprendida.

—¿Te das cuenta ahora de lo grosero que es tu comportamiento? —bufó el pequeño vampiro, que parecía querer ocultar su timidez a base de echarle continuamente la bronca a Anton—. ¡Bueno, venga, preséntame a esta damisela!

Anton se estiró.

—Éste es Rüdiger, un amigo mío —declaró—, y ésta es Viola, que hace poco que ha venido a nuestra clase.

—¡Mucho gusto! —murmuró el pequeño vampiro tendiéndole a Viola su flaca mano.

Viola le cogió la mano a Rüdiger... y la volvió a soltar enseguida.

¡Probablemente nunca había tocado una mano tan helada!

—Y ahora enciende ya de una vez tu linterna —le ordenó a Anton el pequeño vampiro—. ¡Seguro que Viola quiere ver mejor a quién le has presentado!

—¡No, no! —contestó apresuradamente Viola.

—¿No? —dijo anonadado el pequeño vampiro.

—Es por el señor Greulich —dijo ella en voz baja—. Podría descubrirnos.

—¡Qué va! —contestó el pequeño vampiro—. Ése ya hace mucho que se ha metido en su casa.

—¿En serio? —exclamó Anton—. ¿Estás completamente seguro de lo que dices?

—¡Por supuesto que sí! —bufó el vampiro—. ¿O pretendes decir acaso que estoy mintiendo?

—No, claro que no —dijo rápidamente Anton—, pero hace diez minutos el señor Greulich aún estaba en el patio.

—Sí, sí —dijo el pequeño vampiro dándose golpecitos con el dedo en la frente—. Y hace cinco minutos ha echado la llave a la puerta.

—¿De verdad que lo has oído? —preguntó Anton, que todavía no estaba del todo convencido.

—¡Vaya que si lo he oído! —tronó el pequeño vampiro.

Viola soltó una risita y dijo:

—¡Tienes que tener un oído de lince!

—¿De lince? —dijo Rüdiger riéndose despectivo—. ¡Nosotros, los vampiros, oímos diez veces mejor que los lince!

A Anton se le quedó parado el corazón del susto. ¡Qué imprudencia! ¡Qué imprudencia tan inmensa!... ¡Y el pequeño vampiro ni siquiera parecía haberse dado cuenta todavía de lo que se le había escapado! Sólo se le abrieron los ojos cuando Viola preguntó irritada:

—¿Has dicho... vampiros?

—¿Va..., vam..., vampiros? —tartamudeó él—. Yo..., ejem... —empezó a decir, y miró a Anton buscando ayuda.

Anton intervino con decisión.

—Rüdiger es actor —declaró.

Viola aguzó el oído.

—¿Actor?

—Sí, actor de cine —dijo Anton—. Está haciendo una película de vampiros.

—Ah, por eso lleva ese traje tan estupendo...

La desconfianza de Viola, al parecer, se había esfumado.

—Me lo he figurado en seguida: ¡esos trajes tan súper sólo los hay en las películas! Y la máscara también es perfecta.

—¿Qué máscara? —preguntó desgastándose el pequeño vampiro.

—Pues la máscara que usas para tu película de vampiros —le ayudó Anton—. ¡Ya sabes!... —añadió instándole a que le siguiera el juego.

Pero aquella noche el pequeño vampiro debía de estar extraordinariamente duro de mollera.

—No —contestó rechinando los dientes—. No sé absolutamente nada.

—¡Pues claro que sí! —repuso con voz firme Anton—. Y puedes estar completamente tranquilo, Rüdiger: Viola *no* es actriz. No les revelará nada a los reporteros sobre tu nuevo papel.

—¿A los reporteros? —murmuró el pequeño vampiro.

Al parecer su perplejidad era absoluta.

—¡Pero quiero *llegar* a ser actriz! —puso de relieve Viola, que ya no podía apartar la vista de Rüdiger desde que Anton le había dicho que era actor.

«¡Probablemente tiene la esperanza de que a ella le den un papel en su película!», pensó

Anton, y le costó mucho no reírse.

—¿Y para ti acaba de caer la última claqueta? —empezó ella ahora a indagarle al pequeño vampiro.

Pero él solamente murmuró:

—¿Claqueta? ¿Qué claqueta?

Anton sabía, naturalmente, a qué claqueta se refería Viola: a la famosa tabla de madera en la que la gente de cine anota siempre la escena que van a rodar en ese momento.

Se rió burlón. Hasta cierto punto Viola había dado en el clavo: era como si a Rüdiger le hubiera caído literalmente encima una claqueta, pues ya no entendía nada de nada.

—Será mejor que cambiemos de tema —dijo Anton dirigiéndose a Viola—. Ya ves que Rüdiger está tan agotado por el rodaje de la película que ya no quiere ni hablar de ello.

—¡Pues es una pena!

A Viola se le notó por la voz que hubiera preferido seguir horas enteras sonsacándole cosas a Rüdiger.

Después de reflexionar brevemente, ella preguntó con voz meliflua:

—¿Querías quizá hablar *mañana* de ello, Rüdiger?

—¿Quieres que nos volvamos a ver mañana? —exclamó el pequeño vampiro.

Viola asintió:

—¡Oh, sí, me encantaría muchísimo!

El pequeño vampiro apenas pudo contener su felicidad.

—Yo..., te estaré esperando —musitó conmovido.

—¿Y tu rodaje? —quiso saber Viola—. ¿También mañana está fijado para tan tarde?

—¿Rodaje? —preguntó confuso el vampiro.

—Sí, claro —dijo rápidamente Anton—. El rodaje de Rüdiger es a la misma hora que hoy. ¡Las películas de vampiros *deben* rodarse de noche!

—Entonces hasta mañana, Rüdiger —susurró dulcemente Viola—. ¡Y tráeme una foto tuya dedicada!

Al parecer, a ella Anton ya le era completamente indiferente. Sin ocuparse ni lo más mínimo de él, Viola regresó corriendo a la granja escolar al tiempo que soltaba una risita.

Arrebatadoramente amable

Cuando ella ya no estuvo al alcance de la vista, el pequeño vampiro le dio un golpe en el costado a Anton.

—¡Y ahora hazme el favor de explicarme qué significa todo esto! —exigió.

—¿De verdad que no has comprendido nada? —replicó Anton.

—¿Para qué te iba a preguntar si no? —siseó el vampiro.

—Está bien —dijo Anton—, te lo explicaré... ¡si me hablas en un tono un poco más amable!

—¿Qué? —se encolerizó el vampiro—. ¡Pero si llevo toda la noche arrebatadoramente amable!

—¡Sí, con Viola sí! —dijo furioso Anton—. Pero a mí me estás gritando sin parar.

—Ah, ¿sí? —dijo el pequeño vampiro riéndose burlón a sus anchas—. ¡Yo diría que aquí el único que grita eres tú!

En efecto, Anton, con los nervios, había elevado la voz... ¡Había hablado imprudentemente alto! Miró preocupado a su alrededor; pero en la granja escolar y en la casa del señor Greulich las ventanas seguían a oscuras.



—¡En cualquier caso, tienes que agradecerme a *mí* que Viola quiera volver a verte! —dijo Anton.

—¿A ti?

—¡Sí! Si en el último segundo no se me hubiera ocurrido la idea de la película de vampiros...

Anton no dijo más.

—¿Qué habría pasado entonces?

—Bueno, pues..., entonces puede que Viola se hubiera ido corriendo al señor Fliegenschneider y al señor Greulich y les habría informado de que un vampiro merodeaba por el bosque. Ahora, sin embargo, no le hablará de ti a nadie... por su propio interés.

—¿Cómo que... por su propio interés?

—Ella seguro que tiene esperanzas de que le consigas un papel... ¡en tu película de vampiros!

—Ah, vaya —dijo el pequeño vampiro—. Ya empiezo a verlo algo claro...

—¿Ya?

Anton no pudo evitar reírse burlonamente.

—¿Y tú crees que Viola piensa realmente que soy actor de cine? —preguntó Rüdiger después de una pausa.

—¿No has oído que te ha pedido una foto dedicada? —contestó Anton.

—Sí —dijo el pequeño vampiro con una risita orgullosa—. En realidad no me sorprende que Viola quiera una foto mía dedicada. ¡Yo siempre he sabido que tengo una cara muy atractiva!

Anton se mordió los labios para no reírse.

—Pero, ¿de dónde voy a sacar la foto dedicada para Viola? —terció Rüdiger—. ¡Yo no puedo hacerme fotografías!

—Dile simplemente que tus fotos se han agotado —propuso Anton—, debido a la enorme demanda de tus admiradoras.

—¿Agotadas? —gruñó el pequeño vampiro—. No. Yo sé algo mucho mejor: haré que me dibujen... ¡que me dibujes tú!

Anton se rió secamente. ¡Aquello era muy típico de Rüdiger!

—No tengo pinturas —dijo.

—¡Pues entonces te irás a buscarlas... a tu granja escolar!

—En la granja tampoco tengo —afirmó Anton.

—¿Y ante esas circunstancias cómo voy a conseguir tener el autógrafo? —gruñó el pequeño vampiro.

—Pues pregúntale a Anna a ver si *ella* te dibuja —dijo Anton.

Rüdiger sacudió la cabeza.

—Anna no puede. Tiene la mano como una calabaza.

—¿Acaso está... herida? —preguntó asustado Anton.

—Sí, le ha picado un mosquito —dijo el vampiro con una risita.

—¿Un mosquito? —repitió Anton. ¡Rüdiger debía de querer tomarle el pelo!

A él, Anton, le había picado en la mano allí en Fosavieja por lo menos tres mosquitos. Y — ¡por desgracia!— aún podía escribir su diario.

—¿Por eso no se ha venido Anna contigo? —preguntó.

El pequeño vampiro asintió.

—Y también estaba mareada. Así que ha preferido quedarse en el ataúd... Humm, a lo mejor me dibuja Lumpi —dijo volviendo de nuevo a sus propios problemas—. ¡Si le ofrezco algo a cambio!... Oh, me parecería maravilloso que Viola llevara siempre mi retrato consigo...

—Y a mí me parecería una imprudencia —replicó Anton—. ¡Igual de imprudencia que tu sentencia de antes de que vosotros los vampiros oís diez veces mejor que los lince!

—Ahora me tengo que ir volando —siseó el pequeño vampiro, al que no le gustaba que le recordaran sus propios errores—. ¿Oyes cómo gruñe mi estómago?

—No —dijo Anton conforme a la verdad.

—Pero yo sí —contestó el vampiro. E inusitadamente afable añadió—: Buenas noches, Anton. Y cruza todos los dedos... ¡por mi autógrafo!

—Sí, sí, claro —dijo Anton... perplejo por la repentina amabilidad del pequeño vampiro, que con un par de fuertes braceos salió de allí volando.

Anton regresó lentamente a la granja escolar. Todo estaba exactamente tal y como él lo había

dejado: la ventana entornada, el pasillo vacío y en silencio. Sí, incluso Ole seguía roncando cuando Anton se metió en la cama sin hacer ruido.

Sus últimos pensamientos antes de quedarse dormido estuvieron dirigidos a Anna. ¡Su herida tenía que ser bastante grave para quedarse voluntariamente en el ataúd! Y a Anton no le cabía en la cabeza que por una simple picadura de mosquito tuviera mareos y la mano hinchada, tan gorda como una calabaza. Seguro que lo que le había picado a Anna era otra cosa. ¿O la habrían... mordido?

Anton decidió preguntarle a la mañana siguiente al señor Fliegenschneider si quizá en Fosavieja, a pesar de todo, había serpientes venenosas.



Precisamente al museo

Pero Anton no pudo hacerlo. La marcha a las Montañas Peladas con la que el señor Fliegenschneider les había amenazado se quedó en agua, en el sentido más literal de la frase, pues durante el desayuno ya estaba lloviendo.

Así que el señor Fliegenschneider tuvo que cambiar sus planes. Tras consultarlo con la señora Zauberhut y la señora Nusskuchen les anunció que se irían en autobús al pueblo de al lado y que, una vez allí, irían al museo.

De camino hacia la parada del autobús, Ole protestó:

—¡Tenía que ser precisamente al museo, donde no hay más que cosas viejas y polvorientas! ¡Con tener que estar de viaje con un profesor viejo y polvoriento ya tengo más que de sobra!

Anton dijo riéndose burlón:

—Quizá se queden allí con el señor Fliegenschneider.

—Sí, y le meterán en una vitrina —bromeó Sebastian—. Con un cartel alrededor del cuello: «Profesor, tal como eran hace cien años.»

Pero el museo, que estaba instalado en un antiguo palacio, contenía, en contra de lo esperado, algunas piezas bastante interesantes; por ejemplo, carruajes.

Anton se quedó bastante tiempo fascinado delante de un carruaje con altas ruedas negras, una puerta de madera negra y capota de cuero negro. No había ningún letrero que desvelase la procedencia o la antigüedad de aquel carruaje. Parecía ser antiquísimo. Con un ligero estremecimiento, Anton pensó quién habría viajado en él. El carruaje tenía un aspecto inquietante y que ni pintado para pasear en él por la noche.

Anton estaba seguro de que Anna quedaría entusiasmada... y los demás vampiros también.

Viola debido de pensar lo mismo, pues de repente Anton oyó su voz a su lado:

—Justo lo propio para la película de Rüdiger, ¿no te parece?

—Sss, sí.

—¿O ya tienen un carruaje?

—No... no sé —dijo Anton mirando precavido a su alrededor. Ole y los demás no debían enterarse de ninguna manera de que estaba charlando a escondidas con Viola. No porque luego hubiera habladurías sobre Viola y él..., eso a Anton le daba igual. No, él lo que temía era que los admiradores de Viola les espieran entonces día y noche.

—¡No debemos dejar que nos vean juntos! —dijo él.

Pero a Viola no pareció importarle y siguió indagando:

—¿Qué quieres decir con que no sabes si tienen un carruaje? Rüdiger te tiene que haber contado si es una película de vampiros moderna la que están rodando... o una a la antigua con carruajes y cementerios ruinosos.

Parecía que a ella el supuesto rodaje de Rüdiger ya no se le iba de cabeza.

—No es una película moderna, naturalmente que no —dijo Anton—. Pero..., eh..., ya tienen un carruaje. Tienen uno mucho más bonito aún que éste de aquí.

Volvió a mirar hacia la puerta.

—¿De veras? ¿Y Rüdiger también va montado en ese carruaje tan bonito? En el rodaje, me

refiero...

—Sí —dijo Anton, que cada vez estaba más nervioso.

—¿Tú crees que podría verlo?

—¿Cómo?

—Podría visitar a Rüdiger durante el rodaje —dijo Viola con una risita—. ¡Y así montaría con él en el carruaje! ¿Crees tú que a él le apetecería?

Anton, que oyó pasos que se acercaban, dijo rápidamente:

—Eso tienes que preguntárselo al propio Rüdiger... esta noche.

En ese momento aparecieron por allí Ole y Henning.

Viola se fue corriendo hacia ambos.

—Mirad, mirad qué carruaje negro tan estrambótico —les dijo con voz cantarina—. ¡Seguro que es de la patria del Conde Drácula, de Transiberia!

Anton tuvo que reírse burlón. «¡En todo caso de *Transilvania!*», pensó, pero prefirió callárselo.

—¿Y qué tiene que ver Anton con eso? —preguntó Henning mirando indignado alternativamente a uno y a otro.

—Absolutamente nada —dijo Anton, y con marcada indiferencia abandonó la sala del carruaje.

Estremecimientos de horror y nerviosismo

Después de comer, como ya había dejado de llover, tuvo lugar finalmente la anunciada marcha. Pero, por fortuna, ya era demasiado tarde para ir a las Montañas Peladas.

El señor Fliegenschneider se encaminó entonces a un caserío de las proximidades. Al parecer se trataba de un caserío muy especial, una auténtica «granja de libro de estampas», como dijo entusiasmado el señor Fliegenschneider, con muchos animales interesantes.

Al mencionar los «animales interesantes» Anton se volvió a acordar de pronto de la mano hinchada de Anna.

—Lo de las serpientes... —le preguntó de camino al señor Fliegenschneider—. ¿No habrá quizá en Fosavieja, a pesar de todo, serpientes venenosas?

El señor Fliegenschneider puso cara de fastidio.

—¡Vosotros y vuestras serpientes venenosas! —dijo en tono de reproche—. ¿Es que tiene que haber siempre cosas sensacionalistas, estremecimientos de horror y nerviosismo? ¡La culpa de todo eso la tiene la televisión!

—Pero sí que *podría* haber serpientes venenosas, ¿no? —siguió en sus trece Anton.

—Bueno, sí —tuvo que reconocer el señor Fliegenschneider a su pesar—. En lugares que todavía están prácticamente intactos. En realidad son las serpientes las que tienen que tener miedo a los seres humanos... y no al revés.

—Y en esos sitios en los que aún quedan serpientes venenosas..., ¿hay también hierbas raras? —siguió atreviéndose a preguntar Anton.

—Así es, exactamente —confirmó el señor Fliegenschneider—. ¿O acaso te creías que esas hierbas iban a crecer al borde de las carreteras?

En circunstancias normales a Anton le hubiera molestado el tono de sabelotodo del señor Fliegenschneider. Pero ahora estaba demasiado excitado como para eso. Si era verdad que las hierbas raras crecían donde aún había serpientes venenosas... ¡sus temores con respecto al mal de Anna no eran, ni mucho menos, a humo de pajas!

—¿Y qué clase de serpientes venenosas son? —indagó Anton, que tuvo que soportar que el señor Fliegenschneider le mirara un poco más malhumorado todavía.

—Víboras —contestó el señor Fliegenschneider, que además de matemáticas le daba también biología a la clase de Anton—. Dime, ¿no habías sacado tú un notable en biología?

Anton asintió.

«Había»... ¡Tal vez aquel «había» se convertiría en realidad demasiado pronto! ¡Lo que no hiciera él por Anna!

Pero aún creyó necesario realizar una última pregunta «tonta»:

—¿Y si a uno le pican es muy peligroso?

Notó cómo le temblaba la voz al preguntar.

—Sí, efectivamente —dijo el señor Fliegenschneider—. Lo único que se puede hacer entonces es chupar el veneno y escupirlo, vendar fuertemente el brazo o la pierna... e irse al médico más próximo lo antes posible.

Anton tuvo la misma sensación que si le estuviera poniendo un puño helado en la nuca.

«¡Pobre Anna!», pensó muy preocupado. No es que se fuera a morir, pero..., pero seguro que con la fiebre y los escalofríos que tendría necesitaría «guardar ataúd» y padecería terribles dolores.

—¿Eso es el caserío? —preguntó Ole interrumpiendo sus pensamientos.

Ante ellos había un edificio que con sus ventanas de material plástico de color blanco, su pesada puerta de aluminio, sus ladrillos de vidrio y su tejado de chapa rojo no tenía pinta, ni mucho menos, de «granja de libro de estampas»..., sino más bien la de una casa, especialmente fea, de las afueras de cualquier ciudad.

—Deben haber hecho reformas —murmuró el señor Fliegenschneider—. La última vez que estuve yo aquí tenía tejado de caña, ventanas escalonadas y una puerta artísticamente tallada.

—Ahora, en cambio, tienen una moto —observó Sebastian.

—¡Es terrible en lo que se ha convertido la bonita granja vieja! —exclamó el señor Fliegenschneider, que era completamente incapaz de tranquilizarse.

—Me imagino que animales interesantes tampoco habrá ya —opinó Ole.

Y tuvo razón al suponer aquello.

El campesino, que aún se acordaba incluso del señor Fliegenschneider —a pesar de que desde el último viaje de una clase a Fosavieja habían pasado ya cinco años—, se dedicaba ahora a criar cerdos y vacas lecheras; por las subvenciones estatales, según les informó con orgullo.

Cuando regresaron, el señor Fliegenschneider daba la impresión de estar verdaderamente deprimido.

—¡Sí, sí! —le dijo Anton a Ole—. Estremecimientos de horror y nerviosismo... ¡pero de otra clase!

—¿Tenemos que escribir también lo de la «granja de libro de estampas»? —preguntó más tarde Henning cuando ya estaban otra vez en la granja escolar sentados delante de sus diarios.

—No, no —repuso apresuradamente el señor Fliegenschneider—. Sólo tenéis que escribir sobre el museo. —Y con su habitual voz severa de profesor añadió—: ¡Con eso ya hay materia más que suficiente!

Maravillosamente bien

Después de la cena el señor Fliegenschneider dispuso que dieran un nuevo paseo.

—¡Si no, no os vais a poder dormir! —declaró.

Ésa era también la preocupación de Anton, pues aquel día nadie había gastado demasiado sus fuerzas. ¿Y qué iba a ser de su cita con Rüdiger y con Viola si los demás permanecían despiertos hasta la medianoche o más? Ciertamente era que Anton no había quedado con el pequeño vampiro a ninguna hora en concreto; pero sólo porque estaba claro que se reunirían lo más pronto posible..., o sea, alrededor de las diez, como la noche anterior. Por eso Anton, además, les animó a un par de juegos y a unas carreras, con lo que todos se quedaron auténticamente sin respiración.

Eso sirvió: a las diez menos cuarto los compañeros de habitación de Anton ya estaban profundamente dormidos.

Anton se levantó sin hacer ruido.

En el pasillo no se veía a nadie. La puerta de la habitación del señor Fliegenschneider estaba entreabierta, y Anton oyó monótona música de órgano. ¡Probablemente el señor Fliegenschneider se había quedado dormido delante de su transistor!

A pesar de todo, Anton procuró no hacer ningún ruido. Se fue andando de puntillas hasta el comedor y salió de él de la manera habitual, por la ventana.

Fuera respiró profundamente. Le daba la sensación de que cada noche era un poco más difícil abandonar la granja escolar. Miró hacia la casa del señor Greulich. Sólo había luz en una ventanita del primer piso. ¿Era posible que el director de la granja se encontrara ya acostado?

Anton siguió andando con precaución... y estuvo a punto de pegar un grito: de la sombra de un árbol salió de repente una figura y se dirigió hacia él. ¡Era un vampiro!, como Anton pudo comprobar totalmente desconcertado. Y a aquel vampiro, con sus claros rizos que le rodeaban la cabeza como si fueran una corona, Anton no le había visto jamás...

Sólo cuando el vampiro le preguntó con una risita que si se había asustado comprendió que era... ¡Viola!

—¿De do..., de dónde has sacado todo eso? —balbució.

El disfraz de Viola era casi perfecto: llevaba la piel maquillada de blanco, tenía negras ojeras, se había pintado los labios de rojo y se había peinado el cabello salvajemente, al estilo vampiro. Llevaba además unos leotardos negros y unas zapatillas de ballet negras. Sólo un pequeño defecto: el jersey negro tenía poco parecido con una capa de vampiro.

Ella volvió a soltar una risita.

—¿Te parece que tengo un aspecto convincente?

—¿Convincente? —repitió vacilante Anton.

—Sí, para la película de vampiros —dijo excitada—. Me gustaría representarle algo a Rüdiger, ¿sabes? Y si le gusta, quizá me consiga un papel en su película.

—Ah, es por eso...

Ella se tiró del jersey.

—El traje, naturalmente, no es tan bueno como el de Rüdiger, pero al menos da una primera impresión.

—¿Una primera impresión?

—Sí, de cómo quedo yo de... ¡vampiro!

—¡Estás estupenda!

—¿De verdad? —dijo halagada—. ¿Tú crees que a Rüdiger también le parecerá que estoy estupenda?

—¿A él? ¡Seguro que sí! —aseguró Anton.

—Entonces espero que les hable bien de mí —susurró.

—¡Rüdiger hablará maravillosamente bien de ti! —declaró Anton—. Lo que habrá que ver es si eso sirve de algo.

—¿Quieres decir que la gente de la película no le hace caso? —preguntó preocupada Viola. Y luego, siguiendo una sospecha repentina, preguntó—: ¿Es que Rüdiger sólo tiene un papel secundario en la película?

—¡Oh, no! —replicó Anton—. Tiene el papel principal. ¿O crees acaso que iba a llevar un súper traje como el que lleva si no representara más que un papel secundario?

—El papel principal... —dijo fervorosamente Viola—. Ya me lo suponía. Yo también le daría a Rüdiger el papel principal si fuera directora de cine. —Y suspiró—. Bueno, ¿y cuándo va a venir?

—Ya tendría que estar aquí hace tiempo —dijo Anton, que ya había mirado a su alrededor varias veces disimuladamente.

¿Se habría retrasado Rüdiger por Anna? Al pensar en ello a Anton le entró de repente una sensación de flojera absoluta en el estómago.

—Vámonos —dijo.

—¿También hoy está fuera el señor Greulich? —preguntó Viola acechando la casa del director de la granja, que ahora ya estaba completamente a oscuras.

—No, ya está durmiendo —la tranquilizó Anton—. Pero Rüdiger prefiere reunirse en el bosque... Porque allí es más romántico —añadió.

—¡Ah, lo del romanticismo es cosa de Rüdiger!

—Sí, a él eso le va mucho.

—Eso lo da el ser actor —declaró Viola—. ¡Un actor debe tener mucho sentimiento!

—¿De veras?

—¡Sí! ¡Rüdiger no podría representar nunca el papel de vampiro si no *se sintiera* al mismo tiempo como un vampiro!

—¿Es así? —se hizo el sorprendido Anton—. ¿Y se siente siempre un vampiro? Quiero decir: ¿también después del rodaje?

—En el caso de muchos actores así es —corroboró bastante presumida Viola—. Ya no son capaces de distinguir entre su propia persona y el personaje que representan.

Anton y Viola habían llegado a la linde del bosque, y allí les estaba esperando, con una amplia sonrisa, el pequeño vampiro. Anton ya se había dado cuenta de que estaba allí, pero Viola todavía no.

—Los actores hay veces que ya ni saben quiénes son en realidad —siguió charloteando ella animadamente.

—¡Pero yo sí lo sé! —replicó el pequeño vampiro con una risa como un graznido—. ¡Yo soy Rüdiger von Schlotterstein, el mayor actor de todos los tiempos!

—Rüdiger, eres tú... —susurró Viola.

—Hola, Viola —dijo con voz chillona Rüdiger.

Por una vez a Anton no le molestó que el pequeño vampiro le «ignorara» ostensiblemente. Por una parte, no había esperado otra cosa..., pues sabía muy bien que el pequeño vampiro, de esa forma, intentaba parecerle a Viola lo más «adulto» posible. Por otra, a Anton le parecía mucho más importante el hecho de que Rüdiger daba la impresión de haber superado por fin su bache anímico.

—Tienes un aspecto increíblemente bueno —le dijo entonces el pequeño vampiro a Viola—. Deberías ir siempre de negro.

Ella se rió con afectación.

—¿Tú crees?



—¡Sí! Desde lejos he estado a punto de creer que eras...

Rüdiger se interrumpió bruscamente.

Anton suponía que iba a haber dicho «un auténtico vampiro», y que en el último momento se dio cuenta de lo que había estado a punto de escapársele.

—¿Una actriz? —preguntó muy esperanzada Viola.

—¡Exactamente! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Una actriz de mi película de vampiros, ji, ji!

Lanzó a Anton una mirada triunfal. Probablemente esperaba la aprobación de Anton por su respuesta.

—Sólo falta la capa —se quejó Viola tirándose descontenta de su jersey—. Pero vosotros seguro que tenéis más capas de vampiro en el *attrezzo*, ¿no?

—¿En el... qué? —preguntó Rüdiger.

—¡Pues en el cuarto en el que guardáis los trajes!

—¡Ah, vaya! —exclamó el pequeño vampiro—. Te referías a *ese* cuarto... Sí, sí, tenemos montones de capas de vampiro —fanfarroneó.

—¡Oh, entonces seguro que puedes traerme una! —dijo Viola con una risita.

El pequeño vampiro se quedó cortado.

—¿Traerte una?

—¡Sí, para que te guste aún más!

Ella soltó una risita.

—Ejem, bueno... —dijo Rüdiger mirando a Anton en busca de ayuda.

—No creo que el productor cinematográfico de Rüdiger estuviera de acuerdo —dijo Anton.

—¿Y por qué no? —preguntó Viola—. ¡Pero si tienen montones de capas de vampiro!

—Sí, pero, ¿sabes?... —dijo carraspeando Anton—. ¡Es que las capas son muy valiosas, de una tela especial y eso!...

—¡Efectivamente! —dijo el pequeño vampiro—. Pero yo hablaré con mi productor. Cuando sepa que es para una amiga *mía*...

Premios a montones

—¡Bueno, y ahora te voy a dar por fin tu regalo! —dijo el pequeño vampiro desviando rápidamente la conversación.

Buscó debajo de su capa y, con una reverencia, le entregó a Viola una cosa que parecía un trozo de papel.

—Gracias, Rüdiger —dijo Viola con voz apagada.

—¿No sabes qué es? —preguntó el pequeño vampiro cuando vio que ella se dedicaba a darle vueltas al papel sin saber qué hacer.

—Para serte sincera: no —respondió ella.

—Seguro que es el autógrafo —intervino Anton.

—¡Eh! ¡No te metas *tú* en eso! —bufó el pequeño vampiro.

—¿*Es* el autógrafo? —preguntó nerviosa Viola.

El pequeño vampiro sonrió con orgullo antes de asentir:

—Sí.

—¡Qué amable por tu parte que te hayas acordado!

Viola volvió a darle la vuelta a la tarjeta con el autógrafo, pero estaba demasiado oscuro como para poder distinguir nada..., al menos para unos ojos humanos.

—¿Y aquí figuran todas tus películas?

—¿Mis películas?

—Sí, los papeles que has interpretado, los premios que te han concedido...

—¿Premios? —repitió apagado el pequeño vampiro.

—Tú *habrás* conseguido premios, ¿no? —preguntó Viola.

—¿Yo?

El pequeño vampiro parecía estar muy confuso. ¡Pero, por supuesto, cómo iba a estar familiarizado con las costumbres y los usos de la cultura moderna!...

—Pues claro que los ha conseguido —saltó Anton saliendo en su ayuda—. Más de los que se pueden imprimir en una tarjeta tan pequeña.

Mientras lo decía observó preocupado al pequeño vampiro. ¡Confiaba al menos en que Rüdiger no descubriera su absoluta ignorancia del mundo del cine con algún comentario que no viniera a cuento! El pequeño vampiro, sin embargo, apretó los dientes y se quedó callado.

—Yo creo que la nueva película de Rüdiger va a obtener premios a montones, aunque sólo sea por el vestuario —opinó Viola—. Sí, y luego sobre todo los actores... Oye, ¿quién más actúa contigo? —preguntó llena de curiosidad después de una pausa.

Anton captó en el pequeño vampiro una mirada de desconcierto. ¡Probablemente no conocía el nombre ni de un solo actor vivo!

—¿Qué quién más actúa? —repitió Anton—. ¡Todo eso es estrictamente secreto!

—Sí, estrictamente secreto —le hizo eco, aliviado, el pequeño vampiro.

—Lástima —dijo Viola. Y con una decepción evidente preguntó—: ¿Entonces también el rodaje es secreto?

—¡Sí, absolutamente secreto! —respondió enérgicamente Anton.

Viola se dirigió a Rüdiger:

—¿Y no harán ninguna excepción? —preguntó con voz meliflua.

—¿Ex..., excepción? —balbució el pequeño vampiro—. ¿A qué?

Al parecer sólo había prestado atención al tono halagador de las palabras de ella y no al contenido de las mismas.

—¡Pues a la obligación de mantener el secreto! —dijo Viola con una provocativa risita—. ¡Me gustaría tanto ver cómo estás en tu papel, Rüdiger!

—¿De veras?

—¡Sí! ¿No crees que por una vez tu productor podría hacer una pequeña excepción... por nosotros?

—Por nosotros... —suspiró el pequeño vampiro.

—¡Eso no lo hará de ninguna manera! —exclamó Anton interrumpiendo el tortoleo de ambos.

—¿No te he dicho ya que *tú* no te metas en esto? —le espetó furioso el pequeño vampiro.

—Decirlo sí que lo has dicho —confirmó Anton—. Pero no creo que hayas *querido decirlo*. ¿O es que de verdad quieres llevarte a Viola a tu «rodaje»?

—¡Sí! —bufó el vampiro, para inmediatamente después echar marcha atrás—. Nnn..., no.

—Pero la película pronto estará terminada —le dijo Anton a Viola para calmarle un poco el ánimo—. Y en el estreno, naturalmente, *tú* serás la invitada de honor y te sentarás al lado de Rüdiger.

—¿Seré la invitada de honor? —gritó de alegría Viola—. ¿Y me sentaré al lado de Rüdiger?

—Sí, en primerísima fila —prometió Anton.

Un mutis digno de una película

—¡Cállate! —exclamó entonces el pequeño vampiro para sorpresa de Anton—. ¡Cállate ya de una vez!

Sollozando se dio media vuelta, y antes de que Anton hubiera podido recuperarse de su perplejidad el pequeño vampiro había desaparecido entre los árboles.

—¿Eso era una escena de su película? —preguntó Viola.

—¿De su película? —repitió Anton.

—¡Por lo menos ha sido un mutis digno de una película! —dijo Viola con una risita—. Realmente se suele decir «adiós» y ya está —parloteó despreocupadamente—. Pero los actores son así... —Soltó un suspiro de satisfacción y preguntó—: ¿Tú crees que Rüdiger aún tiene que trabajar?

—¿Trabajar? No —murmuró Anton.

Pensó que al final ni siquiera le había preguntado qué pasaba con Anna.

—¡Quizá quieran rodar a la hora de los espíritus! —exclamó Viola riéndose con afectación—. Eso está a la orden del día en el cine —siguió diciendo en tono didáctico—. Por aquello de la..., ¿cómo se dice?..., atmósfera, ¡exacto! ¡Por aquello de la atmósfera!

—No, hoy garantizado que no graban nada más —repuso Anton—. Rüdiger sólo quiere descansar... para el rodaje de mañana. ¡Y nosotros también deberíamos regresar!

—Sí, vámonos —dijo Viola—. Quiero leer por fin el autógrafo de Rüdiger: dónde y cuándo nació, cómo le descubrieron para el cine, cuál fue su primer papel, y sus premios...

Anton se rió sarcásticamente para sus adentros, pero no dijo nada. ¡Todos esos datos seguro, seguro, que *no* figuraban en la tarjeta del autógrafo!

Llegaron a la granja escolar. Anton comprobó con alivio que todo estaba a oscuras.

—¿Y cómo vas a entrar en la casa? —preguntó Viola susurrando.

Anton señaló el comedor.

—Por esa ventanita. Sólo está entornada.

Viola sacó una llave de debajo de su jersey.

—¡Yo entro por el lavadero!... Y tú puedes venirte tranquilamente —le ofreció—. Es mucho más cómodo.

Anton sacudió la cabeza.

—No. Ya sería bastante malo que descubrieran a uno de los dos. Pero si nos descubrieran a los dos juntos... ¡sería una auténtica catástrofe!

—Sí, tienes razón —dijo Viola con una risita—. Buenas noches.

Ella se alejó contoneándose. Anton la siguió con la mirada. ¡Probablemente Viola ya se estaba imaginando cómo el día del estreno iba a atraer todas las miradas y cómo el director entonces le iba a ofrecer un papel en su nueva película!

Al imaginarse aquello Anton hubiera podido reírse con malicia, pero no se sentía, ni mucho menos, de humor para ello. Estaba muy preocupado por Anna, y el pequeño vampiro también le daba pena. Aún resonaba en sus oídos el «¡Cállate ya de una vez!» de Rüdiger... Y también los fuertes sollozos con que el pequeño vampiro había desaparecido entre los árboles.

Anton creía saber qué era lo que le había hecho llorar al pequeño vampiro. Sus conversaciones sobre la película que nunca se filmaría, sobre el estreno que se quedaría solamente en un sueño, sobre Viola, que nunca se sentaría a su lado en la primera fila como invitada de honor... habían hecho que Rüdiger volviera a ser dolorosamente consciente de que a él, como vampiro que era, le estaba vedado a perpetuidad llevar una vida normal.

Y eso, además, en una situación en la que Rüdiger ya estaba suficientemente deprimido por el fracaso del programa de entrenamiento del señor Schwartenfeger y por la precipitada partida de Olga con tía Dorothee...

¡Seguro que el pequeño vampiro, con lo angustiado que estaba, se iba directo a la cripta a meterse en el ataúd! Y allí, en la cripta, estaría también Anna con su mano enferma...

Llegado hasta ese punto en sus reflexiones, Anton tomó de repente una decisión: ¡iría a buscar su capa de vampiro, cogería su linterna y se iría volando sin más ni más al cementerio!

Ya que hablamos de morder...

El reloj de la torre de la iglesia señalaba las once y media cuando Anton llegó al cementerio.

Protegido por la sombra de los grandes árboles, voló a lo largo del muro del cementerio. La cripta Von Schlotterstein estaba al final del cementerio..., en la parte antigua y poco cuidada.

Geiermeier, el guardián del cementerio, y su ayudante Schnuppermaul habían intentado hacía algún tiempo transformar aquella parte en un «jardín»... con la velada intención de expulsar de esta manera a los vampiros.

Con su excavadora y su bulldozer Geiermeier y Schnuppermaul habían conseguido realmente incluso poner en fuga a la familia de los Von Schlotterstein: se habían trasladado al castillo en ruinas del Valle de la Amargura.

Pero luego la iniciativa popular «Salvad el Viejo Cementerio», dirigida por el señor Schwartenfeger, había conseguido detener la destrucción del viejo cementerio... y, así, los vampiros habían podido regresar.

A la luz de la luna Anton vio ahora que la hierba ya había vuelto a crecer muchísimo. Y allí estaba el alto abeto bajo el cual se encontraba el agujero de entrada a la cripta.

Al pensar en el estrecho pozo por el que tenía que deslizarse para llegar abajo, donde estaban Anna y Rüdiger, a Anton se le puso de repente un nudo en la garganta.

Aterrizó detrás de un matorral y, con el corazón palpitante y temeroso, levantó la vista hacia el abeto.

Tenía que saber como fuera si el pequeño vampiro y Anna estaban *solos* en la cripta... y, además, antes de haber corrido a un lado la losa que ocultaba el agujero de entrada. Pero, ¿cómo podía averiguarlo sin ponerse en peligro? Anton miró angustiado a su alrededor. Ahora le pareció que su decisión de haberse ido volando hasta allí había sido bastante precipitada y tomada muy a la ligera. ¡Pero ya era demasiado tarde!

Decidió esperar un rato aún. Quizás Anna y Rüdiger abandonaban la cripta y aparecían por allí arriba...

Se puso muy acurrucado detrás del matorral y así se quedó. No era la primera vez que Anton estaba de noche solo en el cementerio. ¡Pero nunca se podría acostumbrar al miedo que le producía cada vez que iba! Ya sólo los ruidos: aquellos crujidos y aquellas crepitaciones a su alrededor, aquellos susurros y aquellos siseos en las copas de los árboles...

¡La noche estaba viva, mil veces más viva de lo que uno en su casa, metido en su cama calentita, podía imaginarse! Y la noche tenía innumerables ojos: ojos que para Anton eran invisibles. Pero le observaban, porque *ellos* sí podían ver en la oscuridad...

Anton sintió que se le ponían los pelos de punta. Miró otra vez hacia el agujero de la entrada y, enérgicamente, como si así pudiera conjurarlo, dijo en voz baja:

—¡Rüdiger, Anna, estoy aquí!

—¡Y yo aquí! —dijo entonces una voz chillona detrás de él.

Anton se volvió como electrizado... y vio el pálido rostro de Lumpi.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó Lumpi con falsa amabilidad—. ¡Anton Bohnsack de visita en nuestro bonito y viejo cementerio! —Luego con una voz muy diferente, dijo a gritos—: ¿Y qué

es lo que estás buscando aquí?

—Yo... —respondió Anton tragando saliva—. Quería ver a Rüdiger... y Anna. Está enferma, ¿no?

—¿Enferma? —dijo Lumpi haciendo castañear sus largos y fuertes dientes—. Digamos que Anna está pagando el precio de su aprendizaje.

—¿Está pagando el precio de su aprendizaje?

—¡Sí señor! Está pagando el precio que corresponde a todo aprendizaje, ¿comprendes?

—No —admitió Anton.

—¡Y como siga así, ni siquiera va a pasar el examen! —siguió diciendo Lumpi alegrándose del mal ajeno.

A Anton le entraron escalofríos.

—¿El exa..., examen? —balbució—. ¿De vampiro, acaso?

Lumpi se dio golpecitos con el dedo en la frente.

—¡Madre mía! —se lamentó Lumpi—. ¡Mira que eres duro de mollera! ¡Si como vampiro Anna ya casi es un caso perdido! Por cierto —añadió luego con un tonillo amenazador—, que eso es sobre todo por culpa tuya, Anton Bohnsack.

—¿Por mi culpa? —dijo Anton.

Lumpi asintió muy significativamente con la cabeza.



—¡Ya lo creo! Por lo que yo he oído tú no quieres convertirte en vampiro... —Y con una risa que parecía un balido añadió—: ¡Lo cual a *mí* me parece incomprensible, ja, ja!

Anton estimó oportuno no replicar nada.

—Y el examen ese de Anna... —preguntó con cautela—, ¿de qué asignatura es?

—De botánica de hierbas, naturalmente... ¡Cabeza hueca! —contestó Lumpi.

—¿De botánica de hierbas?

—Efectivamente. Hierbas para el dolor de tripa, para el dolor de cabeza, para el dolor de muelas... Hierbas para perfumes... En suma: ¡para todo lo que un vampiro necesita! ¿O acaso te crees que nosotros vamos a comprar a las droguerías... y a las farmacias?

—¡Por supuesto que no! —contestó Anton.

—¿Lo ves? —dijo Lumpi con una suavidad nada natural—. Y por eso siempre tenemos a una especialista en hierbas.

—¿Y esa especialista es Anna?

—¡Error! Es nuestra abuela, Sabine la Horrible. Pero Anna se ha ofrecido para sustituirla. Nuestra querida abuela se va volviendo poco a poco cada vez más olvidadiza, y eso puede tener graves consecuencias.

—¡Como le ha pasado a Anna! —se le escapó a Anton.

—¿Cómo le ha pasado a Anna?

—¡Sí, porque recogiendo hierbas le ha mordido una serpiente!

Lumpi agitó sus largos brazos.

—¿Y quién te ha contado ese cuento chino? —preguntó divertido.

—Nadie —dijo rápidamente Anton—. Lo he deducido yo mismo.

—Eso de pensar deberías dejárselo mejor a los burros —dijo Lumpi con una risita—, que tienen más cabeza que tú.

—¿Entonces es que a Anna no le ha mordido una serpiente?

Anton, a pesar de la presencia de Lumpi, se sintió más aliviado.

—No, *no* le ha mordido ninguna serpiente —confirmó poco amable Lumpi. Con una sonrisa burlona y maliciosa añadió—: Pero ya que hablamos de morder, Anton Bohnsack..., se me ha ocurrido de repente una idea...

Abrió muchísimo su boca y Anton vio brillar sus terribles dientes de vampiro a la luz de la luna.

Le corrieron escalofríos. Pero ahora no debía dejar que se le notara que tenía miedo. Todo lo contrario: ¡tenía que desviar la atención de Lumpi y hacer que pensara en otra cosa!

—Pero Anna *sí* tiene la mano enferma, ¿no? —dijo—. ¡Por lo menos eso es lo que Rüdiger me ha contado!

—Rüdiger, Rüdiger —le hizo eco de mala gana Lumpi—. ¿Por qué tienes que estar siempre hablando de Rüdiger?

Y dicho aquello empezó a levantar ya sus anchas manos y...

—¿Tú crees que Anna se alegraría de verme? —pregunto rápidamente Anton retrocediendo un paso. Con el pie derecho se tropezó contra una losa que estaba volcada y estuvo a punto de caerse.

—Aquí todo el mundo se alegra de verte —contestó Lumpi.

Anton se sobresaltó.

—¿Es que Anna, entonces, no esta sola en la cripta? Quiero decir: ¿sola con Rüdiger?

—¿Rüdiger? —gritó Lumpi poniéndose furioso y estirándose todo lo alto que era—. ¿Sabes que ya me estás sacando terriblemente de quicio con tu eterno «Rüdiger, Rüdiger»?

—¿Sí? —dijo Anton fingiendo que se sentía culpable.

—¡Pero además muchísimo! —bufó Lumpi.

Luego, en un tono sorprendentemente cariñoso, pregunto:

—¿Por qué para variar no piensas alguna vez en visitarme *a mí*?

—¿A... a ti? —balbució Anton.

—¡Si! ¡Seguro que tú y yo juntos no nos íbamos a aburrir! —dijo Lumpi frotándose sus grandes manos y riéndose estrepitosamente.

Zoquete prevenido vale por dos

—Primero podríamos practicar algo de deporte... —dijo Lumpi después de una pausa.

Anton se asustó. Y es que aquello sonaba como si hubiera hecho ya planes. ¡Y Anton no tenía ni la más mínima gana de hacer nada de nada con el imprevisible y pendenciero Lumpi!

—Podríamos irnos volando al parque municipal y echar una carrera alrededor de la piscina de niños —propuso Lumpi—. O podemos ir al cine. ¡A lo mejor echan alguna película de miedo!

—Hoy no me apetece ir al cine —repuso rápidamente Anton.

«¡Y miedo ya tengo bastante!», añadió para sus adentros.

—¡Bueno, pues entonces vamos a asustar a la gente! —dijo de buen humor Lumpi. Como Anton no reaccionaba, bufó—: ¡Eh! ¿Qué pasa? Supongo que tú también tendrás algunas cosas que proponer, ¿no?

—No sé...

—¿Qué es lo que no sabes? —gruñó Lumpi mirando acechante a Anton.

—No sé si no será mejor que fuera a ver a Anna —explicó Anton—. ¡Antes! —añadió rápidamente para no irritar a Lumpi.

—¿Antes? —preguntó desconfiado Lumpi.

—Sí, antes de nuestra excursión.

Anton se dijo que una vez que estuviera en la cripta ya vería la manera de hacer que Lumpi se olvidara de aquella excursión.

—¡¿Cómo dices?! —se indignó Lumpi—. ¿Yo, Lumpi el Fuerte, tengo que esperar a que Anton Bohnsack haya terminado de hacer manitas con mi hermana?

—¡No! —le contradijo Anton—. Sólo quiero hablar un momentito con ella.

Lumpi torció la boca.

—¿Un momentito? Bueno, está bien. Pero no más de cinco minutos. ¡Miraré el reloj de la torre de la iglesia!

—¿No te vienes a la cripta? —preguntó Anton.

Sintió cómo le entraban escalofríos con sólo pensar en el estrecho y lóbrego pozo.

Lumpi sacudió la cabeza.

—En la cripta no hay reloj, así que esperaré aquí arriba.

—¿No podrías venir? —le rogó Anton—. Lo digo por tus parientes.

—¿Qué tienen que ver ellos con esto?

—Quizá podrías ir tú delante y mirar si alguno de ellos está en la cripta.

—¿Que vaya delante y mire? —dijo Lumpi señalando a Anton con el dedo y riéndose burlón—. ¿No será que tienes... miedo?

—No, no —afirmó Anton—. Sólo que soy prevenido.

—Zoquete prevenido vale por dos —dijo con una risita Lumpi—. Pero puedes estar tranquilo: mis parientes han salido. Han ido a una reunión de la tercera edad.

—¿Todos? ¿Tus padres también?

—¡Claro, qué te has creído! ¡Con sus más de ciento setenta años ya son vampiros de la tercera edad desde hace mucho tiempo!

Anton carraspeó.

—¿Y si alguno de ellos regresa antes de tiempo?

—¿De una reunión de la tercera edad? ¡Jamás! —aseguró Lumpi—. Están de fiesta hasta que canta el gallo.

Anton miró angustiado hacia el abeto.

—Los cinco minutos... —empezó a decir—. ¿No podríamos ponernos de acuerdo en que sean *diez* minutos?

—¡¿Cómo?! ¿Tanto tiempo? —gruñó Lumpi—. ¿No habías dicho que sólo un momentito?

—Si, pero hasta que llegue abajo...

—Por mí que no sea —dijo magnánimo Lumpi—. Nueve minutos. ¡Pero ni un segundo más!

Anton asintió. ¡Nueve minutos debían bastarle! Lentamente, con el corazón palpitante, se movió hacia el abeto.

—¡Eh! ¿Por qué andas tan despacito? —le gritó Lumpi—. ¡Date toda la prisa que puedas o va a haber bronca!

—Si, sí —murmuro Anton.

Parecía que a cada paso que daba las piernas le iban pesando más.

Llegó por fin al agujero de la entrada. Con las manos temblorosas echó a un lado la piedra plana y cubierta de musgo. Le llegó un olor a moho y a tierra húmeda en el que se mezclaba un aroma conocido: era el aroma de «Muftí Amor Eterno».

—¡Anna! —llamo Anton, que de repente ya no tenía nada de miedo. Aquel perfume que Anna había fabricado para ellos dos solos con rosas del cementerio... ¡tenía que ser realmente mágico!

Anton volvió a mirar hacia donde estaba Lumpi.

—¡Vamos, entra ya! —bufó Lumpi.

Entonces Anton, con las piernas por delante, se deslizó hacia el interior del pozo.

Tu mejor amigo

Cuando aterrizó en la plataforma de tierra apisonada oyó la voz de Anna:

—¿Lumpi?

Sonó muy lejana y extrañamente apagada.

—¡Soy yo! —contestó.

—¿Tú, Anton? —dijo Anna con la voz más animada.

—¡Sí!

Anton volvió a cerrar el agujero con la losa.

—¿Estás sola? —gritó hacia el interior de la cripta, de la que salía la débil luz de una vela.

—¡No! —fue la respuesta.

A Anton se le aceleró el ritmo cardíaco.

—¿No?... ¿Está Rüdiger contigo?

Anna soltó una risita.

—¡No!

—Entonces, ¿quién? —preguntó nervioso Anton.

—Mi mejor amigo —contestó Anna.

En un primer momento Anton se quedó estupefacto.

—¿Tu mejor amigo?

—Sí... ¡tú! —dijo Anna riéndose otra vez.

—Ah... —murmuró Anton.

Bajó los escalones con la cara colorada.

Anton vio con alivio que todos los ataúdes estaban cerrados..., menos el más pequeño de todos ellos. En el estaba Anna mirándole con una tierna sonrisa; esa sonrisa con la que Anton tenía siempre aquella sensación tan rara.

—Yo... sólo quería ver qué tal estabas —dijo rápidamente.

—¿Que qué tal estoy? —dijo Anna levantando su mano derecha, que la tenía vendada con unos pañuelos viejos—. ¡Tengo los dedos terriblemente hinchados y me arden!

—¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó Anton acercándose a ella preocupado.

Únicamente había una fina vela encendida en un nicho de la pared, y bajo aquella tenue luz le pareció que Anna estaba bastante enferma y decaída.

—Es alergia —explicó Anna—. Mi abuela, Sabine la Horrible, dice que soy alérgica a alguna hierba.

Señaló un libro negro, desgastado de tanto leerlo, que tenía en su regazo.

—Y ahora estoy tratando de averiguar qué hierba podría ser.

—¿Por eso vas a ser la experta en botánica de hierbas? —preguntó Anton.

—¿Yo? ¿Experta en botánica de hierbas? ¿Quién ha dicho eso?

—Lumpi.



—¡Ése se lo cree todo! Lo de recoger hierbas sólo lo dije para poder ir a visitarte a la granja escolar. Aunque... —añadió mirándose con cara de dolor su mano vendada—, ¡en este momento me gustaría entender algo más de hierbas curativas!

—¿Te duele mucho?

—Bastante. Además, cuando me pongo de pie me mareo. ¡Y todo por ti! —dijo Anna sonriendo.

—¿Por mí?

—Sí, porque quería verte como fuera. Y por Rüdiger, naturalmente, también... ¡porque tenía que salir ya de su bache anímico! —Anna se mesó sus largas y enmarañadas greñas—. Estoy tan contenta de que vuelva a ir con seres humanos... —dijo—. ¡Seguro que Rüdiger y Viola están ahora como dos tortolitos!

—No —reconoció cortado Anton.

—¡¿Cómo?! —dijo perpleja Anna—. ¿Qué es lo que están haciendo entonces?

—Nada —dijo apocado—. Rüdiger se marchó cuando estábamos hablando del estreno.

—¿Qué estreno?

—Viola cree que Rüdiger es actor..., actor de cine.

Anna se tapó la boca con la mano izquierda, la que no tenía enferma, y se rió de tal forma que parecía una gallina.

—¿Rüdiger... actor de cine?

Anton asintió con la cabeza.

—Esta noche le ha llevado a Viola una foto dedicada y todo.

—¿Una foto dedicada? ¿Y de dónde la ha sacado?

—Supongo que no era más que un dibujo que le ha hecho Lumpi.

—¿Y Rüdiger se ha marchado así, por las buenas? —preguntó Anna después de una pausa.

—Sí.

—Ya volverá a aparecer —dijo Anna sin la más mínima preocupación.

—Yo pensaba que estaría aquí, en la cripta —dijo Anton. Y siguiendo una inspiración repentina añadió—: Es que quería invitarle... a nuestra fiesta de despedida de pasado mañana.

—¿Fiesta de despedida? —preguntó Anna mirándole con los ojos muy abiertos.

Anton carraspeó. Ni él mismo sabía muy bien por qué se le había ocurrido decir lo de la invitación... si ni siquiera era seguro todavía que la fiesta fuera a celebrarse.

Pero ahora ya no podía retroceder en lo de la invitación. Y en cierto modo, el señor Fliegenschneider ya había dado su consentimiento...

—Celebramos una fiesta porque será la última noche —contó fríamente Anton—. Con discos y eso.

Anna no dijo absolutamente nada.

—Y, naturalmente, tú también estás invitada —dijo Anton dándose cuenta justo a tiempo.

Los ojos de Anna ya tenían un brillo sospechoso..., como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro.

«¡No, eso no!», pensó Anton, y por eso añadió:

—No irás a dejar plantado a tu mejor amigo, ¿no?

—No —susurró conmovida Anna—. Pero no sé si para entonces ya podré volar otra vez.

—¡Seguro que sí! —dijo Anton. Con lo de volar se acordó de que Lumpi le estaba esperando fuera de la cripta... Y no sólo eso: ¡sin duda ninguna, se había pasado de los nueve minutos que Lumpi le había concedido a regañadientes!

Terriblemente enfadado

—Tienes que ayudarme —le suplicó a Anna—. ¡Ahí fuera me está esperando Lumpi!

—¿Lumpi? —dijo sorprendida Anna.

—Quiere que nos vayamos juntos por ahí —informó Anton—. A asustar a la gente y cosas así.

¡Pero yo no tengo ninguna gana!

—¿Es qué habéis quedado?

—Sí, desgraciadamente. Y ahora me pregunto qué puedo hacer para hacerle cambiar de idea.

—¿Hacerle cambiar de idea? —repitió Anna poniendo cara de preocupación—. ¡Lumpi siempre se enfada terriblemente cuando alguien no acude a una cita con él!

—¿Sólo... se enfada?

—¡Ya le conoces! ¡Nadie se pone furioso tan rápidamente como Lumpi!

Anton notó una sensación de debilidad en el estómago.

—¿Quieres decir que *tengo* que irme con él?

—Sólo hay una manera de que no tengas que irte volando con él —respondió Anna.

—¿Cuál?

—¡La salida de emergencia! Lumpi no solamente se pone furioso muy rápidamente..., sino que olvida todo con la misma rapidez. Y si hoy no consigue cogerte, dentro de una semana, a lo sumo, se habrá olvidado de todo.

—¿Tú crees? —murmuró Anton.

Miró con un estremecimiento los demás ataúdes. Reconoció el gran ataúd negro con la «T» de Theodor tallada, rodeada por dos cabezas de serpiente. Aquel ataúd estaba vacío desde que el guardián del cementerio, Geiermeier, había visto al pobre tío Theodor tocando un cuarteto y le había destruido después con sus estacas de madera...

—¿La salida de emergencia —preguntó Anton con voz ronca— sigue pasando por el ataúd del tío Theodor?

—Sí, pero ya sabes que ahora tenemos dos salidas de emergencia —repuso muy orgullosa Anna—. Allí detrás, en ese rincón, empieza la nueva.

Señaló una losa sepulcral de la altura de una persona que estaba apoyada contra la pared y de la que Anton no se había dado cuenta hasta entonces.

—En nuestra salida de emergencia nueva puedes ir incluso de pie —le contó Anna—, hasta el estercolero. Y luego echas a un lado el grueso tocón de árbol.

—¿Yo? —dijo Anton levantando sus brazos y poniéndolo en duda—. No creo que sea capaz de hacerlo.

—Esta vez yo no puedo ayudarte —dijo Anna lamentándolo.

—Sólo queda la vieja salida de emergencia —murmuró Anton.

Hubiera preferido utilizar la nueva salida de emergencia, pues la vieja terminaba en un pozo, no muy lejos del arbusto detrás del cual estaba acechando Lumpi.

Pero si Anton se movía muy, muy silenciosamente... ¡Y además, Lumpi no estaría observando el pozo, sino el abeto y el agujero de la entrada a la cripta!

—Entonces me voy —dijo Anton—. Hasta pasado mañana... ¡en la granja escolar!

Anna sonrió tiernamente.

—Haré todo lo posible por ir. Y entonces bailaremos, ¿me lo prometes?

Anton sintió inquietud al imaginarse a Anna y al pequeño vampiro junto al señor Fliegenschneider. Pero ahuyentó rápidamente aquel pensamiento. ¡Ahora tenía otros problemas más urgentes!

Se acercó al ataúd de tío Theodor y tiró de las dos asas doradas. Sonó un golpe. Redobló sus esfuerzos y la tapa se deslizó hacia un lado.

Anton alumbró el interior del ataúd con su linterna. El fondo estaba cubierto por una capa de polvo de varios centímetros de espesor..., como si no hubieran utilizado la vieja salida de emergencia desde hacía semanas.

En la cabecera del ataúd descubrió la abertura que habían hecho aserrando la madera y que se adentraba en la tierra. Tenía el tamaño justo para que una persona —o mejor dicho, un vampiro— pudiera deslizarse por ella.



Anton notó cómo le palpitaba el corazón.

Volvió a mirar hacia donde estaba Anna. Parecía muy pequeña y muy frágil.

—Adiós, Anna... Y que te mejores —dijo.

—¡Mucha suerte, Anton! —le deseó ella.

—Gracias —contestó él. Ya sólo por Lumpi... ¡iba a necesitarla!

Se metió inseguro en el ataúd de tío Theodor. Se puso de rodillas y volvió a poner la tapa por encima del ataúd. Luego, tosiendo fuertemente, se arrastró por el interior de la salida de emergencia a través del polvo que se había arremolinado.

Allí había algo

Anton enfocó su linterna por las paredes. Con un estremecimiento recordó su primera y hasta ese momento única «visita» allí abajo. En aquella ocasión no había tenido más que una fina vela que había estado temblando constantemente. Y al final, además, se le había apagado y Anton se había quedado allí completamente a oscuras. ¡Brrr! Se estremeció.

Pero esta vez su linterna no le dejaría en la estacada, ya se había encargado él de eso: ¡aquella misma tarde Anton le había puesto pilas nuevas!

Siguió avanzando. Después de unos cuantos metros descubrió en la pared el corazón en el que ponía «A + A»..., según él suponía, las iniciales de «Anna» y «Anton». Detrás de la interrogación que Anton había escrito aquella vez al lado del corazón había ahora dos gruesos signos de admiración. Tuvo que sonreír..., a pesar de que lo que le rodeaba no era precisamente muy agradable.

La salida de emergencia ya estaba a punto de acabarse: Anton descubrió la plancha de mármol que cerraba la salida.

En cuanto llegó a la plancha apagó su linterna..., por precaución, ¡pues quizá se viera la luz desde el exterior del cementerio! Y Anton sabía por experiencia que la plancha de mármol no cerraba completamente la salida.

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Luego empezó a empujar hacia un lado la pesada plancha. Era un trabajo muy duro, pero Anton lo consiguió.

Mientras todavía estaba cobrando aliento percibió pasos sobre la gravilla e inmediatamente después voces.

—¡Allí! ¡Allí había algo! —exclamó una voz de hombre.

A Anton se le pusieron los pelos de punta: ¡aquella era la voz de Geiermeier, el guardián del cementerio!

—Yo no he visto nada —contestó una segunda voz, ligeramente gangosa.

Era, no había lugar a dudas, la de Schnuppermaul, el ayudante de Geiermeier.

—¡Sí! ¡En el pozo! —repuso Geiermeier.

Los pasos se aproximaron... y de repente un potente foco se dirigió hacia el pozo. Anton estuvo a punto de pegar un grito del susto que se llevó.

Pero luego la voz se apagó, y Geiermeier gruñó descontento:

—Falsa alarma.

—¿Y para eso me has sacado de la cama? —se quejó Schnuppermaul—. Si supieras el sueño tan agradable que estaba teniendo...: desde unas vacaciones en los mares del sur..., hasta que tú volvías a estar completamente sano.

—Bah, paparruchas —dijo huraño Geiermeier—. Yo *estoy* sano. ¡Ya ves que estoy loco por cargarme por fin a esos vampiros, a esa banda de chupadores de sangre!

Loco por cargárselos... Anton pensó en las afiladas estacas de madera que Geiermeier siempre llevaba consigo. ¡Brrr! Se agazapó todavía más.

—Pero el médico dice que todavía deberías guardar reposo —le advirtió Schnuppermaul.

—¡El médico! —dijo Geiermeier riéndose despectivo—. ¡Ése tampoco tiene ni idea del

desastre que se ha adueñado de esto desde mi ausencia!

—¿Desastre? —se indignó Schnuppermaul—. ¡De mi casa no se ha adueñado nadie! Y por lo que respecta a mi trabajo yo he hecho lo que he podido.

—¡Que no ha sido mucho! —observó Geiermeier.

—Ahora estás siendo injusto —contestó lloriqueando Schnuppermaul—. ¡Yo te he sustituido lo mejor que he podido mientras tú estabas en el hospital!

—Ah, ¿sí? —gruñó Geiermeier—. ¡Te has estado tocando la barriga, has estado tumbado a la bartola!

—De eso nada —le contradijo Schnuppermaul.

—¡Y de qué manera! —dijo Geiermeier—. ¿O acaso has atrapado a un solo vampiro siquiera en todas las semanas en que yo, maldito sea el cielo, no he podido estar vigilando?

—No —admitió apocado Schnuppermaul.

—¡Pues entonces! ¡En lugar de eso te has pasado los días tranquilamente y por las noches, que es cuando empieza realmente el trabajo de un guardián de cementerio, le has echado el cerrojo a la puerta!

—Yo..., no que..., quería esto..., estropearle tu caza de vampiros —balbució Schnuppermaul.

Tú allí abajo..., yo aquí arriba

—Pero ahora ya estamos otra vez juntos —añadió diligente—. ¡Ahora podemos luchar aunando nuestras fuerzas! —Y en voz alta, seguramente para impresionar a Geiermeier, exclamó—: ¡Abajo esa chusma de vampiros! ¡Abajo esa panda de chupadores de sangre!

—¡Chissss! —siseó Geiermeier—. ¿Es que has perdido definitivamente el juicio?

—¿Por qué? —se asombró Schnuppermaul.

—Porque no debes hacer ruido —contesto Geiermeier—. Ya te lo he dicho mil veces. ¡Andar silenciosamente es el deber supremo del guardián de cementerio! ¡Bueno, y ahora te vas a meter en ese viejo pozo!

—¿Yo? —gritó Schnuppermaul.

—¡Sí señor, tú! —le gritó Geiermeier—. Como muy bien acabas de decir, venceremos a los vampiros aunando nuestras fuerzas: ¡tú allí abajo, yo aquí arriba!

—Pero... a mí me da miedo meterme en ese pozo tan lóbrego —dijo gimiendo Schnuppermaul.

—Pues precisamente por eso tienes que bajar —gruñó Geiermeier—. ¡Para que pierdas ya de una vez ese estúpido miedo!

—¿Estúpido? —se indignó Schnuppermaul—. ¡Que un vampiro me muerda en el cuello no me parece ninguna estupidez!

—Pero si tú no crees en vampiros, ¿no? —repuso de mal genio Geiermeier.

—De día no... —murmuró Schnuppermaul—. Además, no me gustaría meterme en ese pozo tan sucio —declaró—. No llevo la ropa más apropiada.

—¡Tonterías! —bufó Geiermeier—. Tu bata es justo lo más apropiado. ¡Venga, métete en el pozo!

—No, no lo haré —repuso Schnuppermaul.

Geiermeier resopló furioso.

—¿Quiere eso decir que te niegas?

—No —contestó Schnuppermaul con una risita—. Sólo quiero ir a buscar mi bata de trabajo gris. ¡Enseguida vuelvo!

Unos rápidos pasos sobre la gravilla indicaron que Schnuppermaul ya estaba poniendo en práctica lo que había anunciado.

—¡Espérame, Wolf-Rüdiger! —oyó Anton la voz de Geiermeier que se alejaba.

A Anton se le quitó un enorme peso de encima. ¡Todo había vuelto a salir bien! ¡Pero ahora tenía que desaparecer rapidísimamente del pozo antes de que regresaran el guardián del cementerio y su ayudante!

De todas formas, primero tenía que cerrar la salida de emergencia...

Anton empujó y tiró de la plancha de mármol. Por fin logró colocarla delante del orificio. Y no era fácil que nadie supusiera que detrás de aquella plancha desgastada, a la que Anton para camuflarla aún más le había echado un poco de arena, había un corredor... Y mucho menos Schnuppermaul, que allí abajo solo tendría un deseo: ¡salir de nuevo al aire libre lo antes posible!

Probablemente Schnuppermaul ni siquiera llegaría hasta la plancha de mármol, ¡sino que ya

sólo con ver el agua del pozo, que parecía muy profunda, pondría pies en polvorosa! En realidad, sin embargo, el agua sólo cubría hasta las rodillas.

Anton se encaramó a la oxidada escalera de hierro que estaba fijada a la pared del pozo y subió por los estrechos peldaños cubiertos de musgo. Mientras lo hacía iba con los oídos muy atentos. Pero en el cementerio todo permanecía en silencio.

Al parecer Schnuppermaul y Geiermeier habían llegado a su casa, así que ellos —al menos de momento— no constituían ningún peligro.

¡Todo lo contrario que Lumpi!

Anton tenía esperanzas de que Lumpi hubiera huido al llegar el guardián del cementerio y su ayudante, pero quizá lo único que había hecho era esconderse detrás de algún matorral.

Y por el interés que Geiermeier y Schnuppermaul habían demostrado por el pozo era fácil que a Lumpi le hubiera entrado la sospecha de que Anton quería utilizar la vieja salida de emergencia de la cripta para largarse de allí. ¡Lumpi no era tonto!

Las rodillas de Anton parecían de mantequilla cuando pisó el último peldaño de la escalera. Miró con cautela por encima del borde del pozo..., ya casi convencido de que iba a ver la cara de Lumpi, completamente roja de furia. Pero no se veía a nadie por ninguna parte.

Salió del pozo y, agachado, se dirigió corriendo a la capilla. Allí cubierto por el muro, aguardó un par de minutos. Y es que era posible que Lumpi estuviera posado en la copa de algún árbol. ¡Y a Anton encontrarse con él en el aire le daba todavía más miedo que en el suelo!

Pero no pasó nada de nada. ¡Lumpi debía de haber emprendido la huida!

Anton suspiró aliviado.

Entonces se abrió una puerta, y alguien protestó:

—¿Es que quieres despertar a todo el cementerio?

¡Era Geiermeier!

—No —llegó hasta allí la voz quejumbrosa de Schnuppermaul—. Es que se me ha escurrido la puerta.

Anton corrió hacia la parte trasera de la capilla. Allí extendió los brazos por debajo de la capa, los movió con fuerza un par de veces arriba y abajo..., y salió volando.

Desde una altura segura vio a Geiermeier y a Schnuppermaul. El ayudante había cambiado su bata de estar en casa por una bata de trabajo gris... igual que la que llevaba el guardián del cementerio. Sólo que de los bolsillos de Geiermeier asomaban a derecha e izquierda grandes y afiladas estacas... ¡Por lo menos diez!

Con una sensación de inquietud Anton pensó en Anna, que estaba enferma y completamente sola en su ataúd. «¡Pero, bueno, tampoco es la primera vez!», pensó luego Anton. «Y los vampiros saben que sus vidas están siempre en peligro... ¡Si es que puede uno hablar de "vida" en su caso!»

Además, Geiermeier no parecía, ni mucho menos, estar tan sano como afirmaba. Con su larga enfermedad se le había quedado un andar cansino y arrastraba los pies.

Y Schnuppermaul era más bien inofensivo. ¡Sí, él incluso se había hecho «amigo» de Lumpi mientras Geiermeier estaba ingresado en el hospital!

Tranquilo hasta cierto punto, Anton emprendió el vuelo de regreso.

El señor Fliegenschneider te ha echado en falta

Cuanto más se aproximaba a Fosavieja, más se diluían las impresiones que había tenido en el cementerio. De repente le entró la preocupación de que podrían haber descubierto su cama vacía y se le puso un nudo en la garganta.

Y aquella sensación de angustia tampoco se le quitó cuando vio debajo de él la granja escolar y la casa del señor Greulich y comprobó que no había luz en ninguna ventana. Quizá el señor Fliegenschneider no hubiera encendido ninguna luz a propósito, para sorprenderle...

Anton aterrizó en el patio, detrás de un árbol. Anduvo de puntillas sin hacer ruido hacia el comedor. La ventana estaba entornada, exactamente igual que él la había dejado. La abrió. Nada se movió tras ella.

De repente, Anton se dio cuenta de que aún llevaba puesta la capa de vampiro. Se la quitó apresuradamente y la escondió debajo de su jersey. Luego entró en el edificio.

Realmente parecía que había tenido suerte: el pasillo, iluminado solamente por la débil lamparilla de noche que había sobre el cuarto de los lavabos, estaba desierto. ¡Era casi inimaginable que detrás de las puertas se encontraran sus compañeros de clase durmiendo! Y también la puerta del señor Fliegenschneider estaba cerrada.

Anton llegó a su habitación pasando completamente inadvertido. Con sus últimas fuerzas escondió la capa en el armario y se puso el pijama. Luego cayó en la cama como un tronco.

Anton se despertó porque de repente sentía los pies fríos. Desconcertado, se incorporó... y se vio rodeado de caras que se reían burlescamente de él.

—¿Es que quieres tirarte durmiendo hasta el mediodía? —preguntó Ole, que le había quitado la manta a Anton de un tirón.

—¿Qué hora es entonces? —murmuró Anton.

—Las ocho y media —contestó Sebastian.

—¿Las ocho y media? —preguntó Anton, que ahora ya estaba totalmente despierto—. Entonces, ¿habéis desayunado ya?

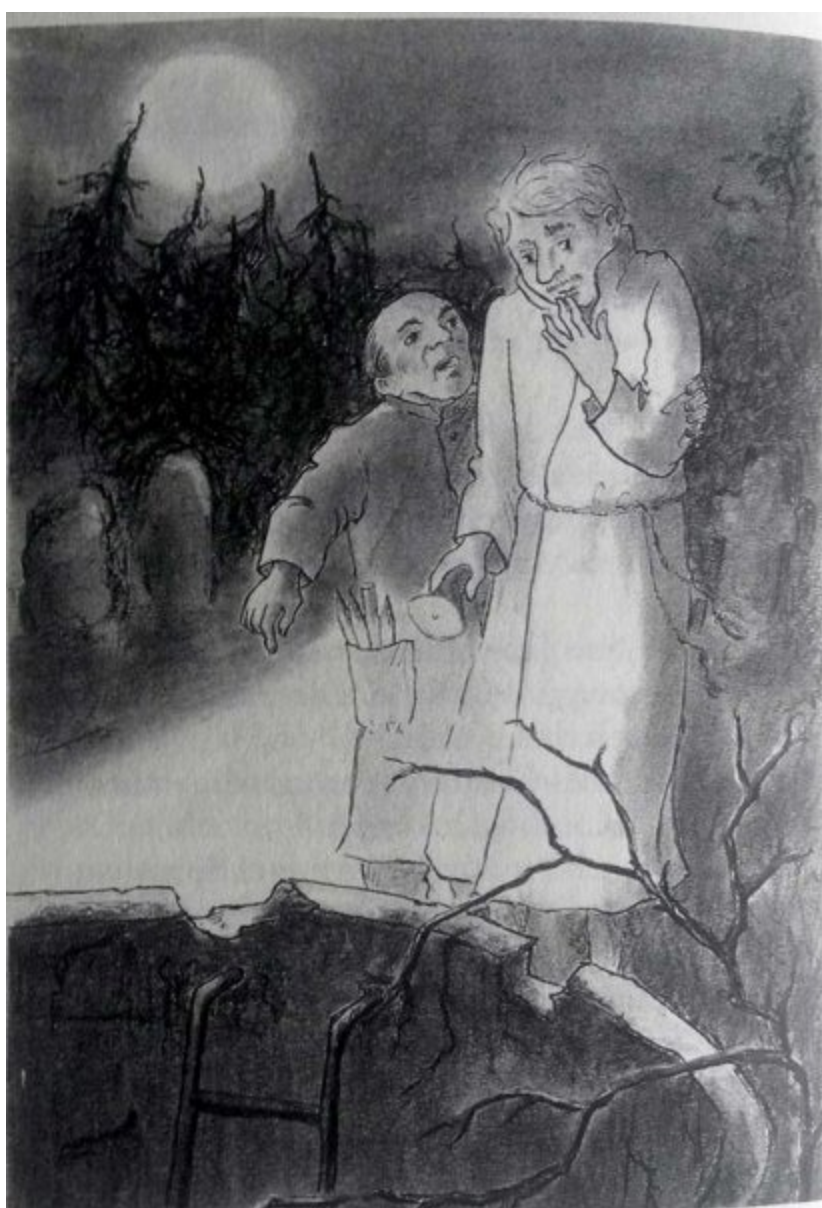
Ole asintió con la cabeza.

—Pero no te has perdido nada.

—El señor Fliegenschneider te ha echado en falta —le informó Henning.

—¿Me ha echado en falta?

—Sí, pero hemos sido buenos y le hemos dicho que estabas enfermo —contestó Sebastian—. El señor Fliegenschneider va a venir enseguida a ver qué tal estás. A lo mejor puedes quedarte en la cama y no te tienes que venir de marcha con nosotros a las Montañas Peladas.



—¿A las Montañas Peladas?

¡A Anton la perspectiva de quedarse en la cama en lugar de ir de marcha, de hecho, le atraía mucho!

Se volvió a recostar sobre su almohada.

—Tenéis razón —dijo—. Realmente me encuentro muy raro. Probablemente ayer me esforcé demasiado... En las carreras —añadió.

—O desenterrando ataúdes —observó Sebastian.

—¿Desenterrando ataúdes? —repitió asustado Anton. ¿Sospecharía Sebastian algo?

—Mírate las manos —dijo Sebastian—. Tienen el mismo aspecto que si fueras jardinero de cementerio o algo parecido.

Anton se puso pálido. ¡Tenía las manos negras, negras como la pez!

—Yo... me las voy a lavar rápidamente —dijo.

E iba a añadir: «Antes de que venga el señor Fliegenschneider».

Pero cuando lo iba a decir se abrió la puerta y entró el señor Fliegenschneider, acompañado por la señora Zauberhut.

—¿No te encuentras bien? —preguntó observando con atención a Anton.

Anton había hecho desaparecer sus manos debajo de la manta.

—Me siento muy raro —dijo, y tosió.

El señor Fliegenschneider le puso la mano en la frente.

—Fiebre no tiene —anunció.

—Pero estoy tremendamente cansado —dijo Anton..., lo que, por lo demás, era cierto—.

Quizás esté cogiendo la gripe.



—Realmente parece que está muy pálido y muy agotado —intervino la señora Zauberhut—. Me parece que, si lo prefiere, debería quedarse en la cama. A veces un par de horitas de sueño hacen milagros.

—Humm... —gruñó el señor Fliegenschneider, que al parecer no se creía demasiado lo de la enfermedad de Anton. Y dirigiéndose a la señora Zauberhut preguntó—: ¿No cree usted que un poco de movimiento y de aire puro le sentarían igual de bien?

—Un *poco* de movimiento sí —asintió la señora Zauberhut—. Pero una hora de marcha para ir y otra hora para volver..., eso no es ninguna nadería.

—Está bien... —dijo el señor Fliegenschneider... con el mismo gesto de fastidio que ponía siempre en el colegio cuando alguien no había hecho los ejercicios de matemáticas pero podía presentar un justificante por escrito de sus padres.

—Pero sólo hasta el mediodía —dijo—. ¡Y si entonces no tienes fiebre te levantarás de la cama!

Anton asintió con la cabeza..., haciendo esfuerzos para que no se le notara la alegría y el alivio que sentía.

Fue una mañana muy reposada. Anton estuvo durmiendo hasta las diez, y luego leyó historias de terror y disfrutó de una deliciosa calma. Solamente en una ocasión llegó la señora Greulich a llevarle una taza de infusión de menta y dos panecillos con mermelada. La infusión se la tomó de mala gana, pero los panecillos se los comió con un hambre canina.

Poco antes de la una regresaron sus compañeros de clase..., no precisamente entusiasmados con la marcha, por lo que se veía en sus malhumoradas caras.

—Las Montañas Peladas han sido más emocionantes aún que las Peñas del Diablo —se quejó Sebastian.

—¡Y encima he dejado hechos polvo mis estupendos calcetines nuevos! —dijo furioso Henning pasando el dedo por los agujereados talones de sus calcetines de tenis, que en un principio eran blancos.

—Si lo hubiera sabido, yo también me hubiera quedado en la cama —dijo Ole mirando con envidia a Anton, que estaba sentado, de buen humor y sobre todo completamente descansado, en el borde de la cama—. ¡Has vuelto a ser el más listo de todos!

Anton se rió burlón.

—Yo no he sido listo; yo estaba enfermo.

—Ya, ya se ve —gruñó Henning.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Anton haciéndose el inocente—. ¿No has oído lo que ha dicho la señora Zauberhut?: A veces un par de horitas de sueño hacen milagros.

—Un par de horitas de sueño también me vendrían bien a mí —suspiró Ole.

—¡¿Cómo podéis pensar en dormir?! ¡Pero si enseguida vamos a tener el menú a la Fosavieja, especial para gastrónomos! —bromeó Sebastian.

Una verdadera pieza de coleccionista

De todas formas aquella vez la comida no fue tan mala: hubo tortilla de patatas con compota de manzana.

Anton, que se había levantado para comer, observó que Viola le miraba preocupada. Y después de comer, cuando todos estaban en el patio, Viola habló con él.

—¿Estás enfermo?

—No —contestó él—. Sólo estaba agotado.

—¡Yo también! —dijo ella con una risita. Y susurrando para que ninguno de los demás lo oyera, añadió—: Esos encuentros con Rüdiger... cansan bastante, ¿no te parece?

Anton asintió con la cabeza.

—Pero eso, según lo que se puede leer por ahí, pasa bastante a menudo con los actores —siguió diciendo Viola—. Se dice que para la gente que está a su alrededor son una constante... ¿cómo se dice?... ¡invitación!

—¿Invitación? —repitió divertido Anton. ¡La fiesta de despedida no se celebraría sino al día siguiente!

—No, incitación —se corrigió Viola—, un reto. Lo que yo quería decir es que son personas muy especiales que representan un reto constante para los que les rodean.

«¿Personas?», pensó Anton riéndose irónicamente para sus adentros.

En voz baja dijo:

—¿Me dejas ver la foto dedicada?

—¿La foto dedicada?

—¿O es que ya no la tienes?

—¡Claro que sí! —aseguró Viola—. Pero no es realmente una foto dedicada.

Solamente está dibujada.

—¿Solamente dibujada? Entonces tiene que ser el original para la imprenta —explicó astutamente Anton.

—El... ¿qué?

—El original para la imprenta. ¡Cuando la película esté terminada y la pongan en los cines Rüdiger necesitará cientos, no, miles, de fotos dedicadas para sus admiradoras!

—¿Tantas?

—Si es que con eso hay suficientes... —dijo Anton—. Sí, y entonces, naturalmente, en la tarjeta irá impresa una foto de la película... ¡en el sitio donde ahora está el dibujo!

—Ah, o sea, que es así... —dijo Viola.

Echó rápidamente un vistazo a los demás chicos. Ole, Henning y Sebastian la estaban observando sin disimular su curiosidad.

—¿Quiere eso decir que mi tarjeta es especialmente valiosa? —preguntó Viola susurrando.



—Sí, por supuesto —confirmó Anton..., y aquello no era realmente ninguna mentira si era verdad que la había dibujado Lumpi—. Esta tarjeta es una verdadera pieza de coleccionista.

Viola sonrió fervorosamente.

—¿Y cuándo crees tú que estará terminada la película de Rüdiger? Lo digo por el estreno..., para que me dé tiempo a prepararme.

—Oh, eso es difícil decirlo —repuso vagamente Anton—. Eso depende de tantas cosas...

Viola se pasó los dedos por el pelo.

—Si supieras lo impaciente que estoy... —dijo suspirando y mirando con añoranza a lo lejos. Luego preguntó—: ¿Rüdiger viene también esta noche?

—¿Esta noche? —dijo vacilando Anton—. Yo creo que más bien vendrá mañana... ¡a nuestra fiesta de despedida!

—¿A *nuestra* fiesta? —exclamó Viola en voz alta sin tener ningún cuidado.

—¡Chiss! —le advirtió Anton—. Sí, probablemente vendrá, siempre que no tenga rodaje.

A ti no hay quien se te resista

Viola se había puesto colorada de la alegría y de la emoción.

—¿Y estás completamente seguro de que nuestra fiesta de despedida se va a celebrar de verdad? —preguntó.

—Bueno...

Anton señaló con un movimiento de cabeza al señor Fliegenschneider, que estaba sentado en un banco leyendo el periódico.

—¡No sería ninguna mala idea de trabajárselo antes un poco!

—¿Trabajárselo?

—¡Sí! —dijo Anton riéndose irónicamente—. A ti no hay quien se te resista, ¿no?

Viola sonrió halagada.

—No sé...

—Seguro que lo consigues —dijo taimadamente Anton—. ¡Imagínate como va a ser nuestra fiesta si viene *Rüdiger*!

—Está bien...

Viola se atusó otra vez sus cabellos y a pasitos lentos se dirigió hacia el banco.

Anton se juntó con Ole y los demás.

—¿Qué es lo que va a hacer Viola con Fliegenschneider? —preguntó Henning.

—Preguntarle por la fiesta —contestó Anton—. ¡Porque ella tiene muuuuchas ganas de bailar mañana por la noche *contigo*!

—¡Idiota! —bufó Henning, pero se había puesto exactamente igual de colorado que Viola.

—Espero que tenga éxito —dijo Ole—. ¡Por lo menos con la fiesta tendríamos *un* buen recuerdo!

Y efectivamente: Viola no necesitó ni diez minutos. Luego volvió como una radiante triunfadora y anunció que el señor Fliegenschneider estaba de acuerdo con la fiesta.

De todas formas, Viola se guardó para sí cómo había conseguido convencerle. A la estúpida pregunta de Henning de si había «hechizado» al profesor de matemáticas, ella solamente respondió con una sonrisa despectiva:

—¡Eso a *mí* no me hace falta!

Sólo más tarde, después de tomar café, cuando Anton ya llevaba un buen rato a solas con ella, se lo contó:

—Le he hablado al señor Fliegenschneider entusiasmada de mi antigua clase y del estupendo espíritu de camaradería... Y le he contado que *nuestro* profesor siempre decía que las fiestas, sobre todo las fiestas de despedida, eran la cosa más importante de cualquier viaje de una clase. ¡Entonces, naturalmente, el señor Fliegenschneider ya no pudo decir que no!

—Muy hábil por tu parte —observó Anton reconociendo su mérito.

—¿Verdad que sí? —dijo Viola—. Ahora lo único que hace falta es que Rüdiger no nos deje plantados. Es que sin él la fiesta de despedida no me apetece nada. —Miró hacia la linde del bosque y preguntó—: ¿No crees tú que lo mismo nos está esperando?

—¿Ahora?

Anton se rió irónicamente. ¡Y es que aún era pleno día!

—Estoy bastante seguro —dijo— de que no vendrá antes de mañana por la noche. La mayoría de los rodajes duran hasta bien avanzada la noche, ¿sabes?

Viola asintió como si eso lo supiera ella perfectamente.

—Llevo ya mucho tiempo queriendo preguntarte una cosa —empezó a decir ella—. ¿Cómo viene Rüdiger desde el rodaje hasta aquí?

Anton se sobresaltó.

—¿Hasta aquí? —murmuró... no muy inteligentemente, pero es que antes tenía que pensar en una explicación apropiada.

—No va a venir *volando* —dijo Viola con una risita—. Por mucho que en el cine sepan hacer unos trucos increíbles... ¡volar, lo que se dice volar, aún no pueden!

—Pues Rüdiger viene por los aires —dijo Anton.

Viola abrió mucho los ojos.

—¿En avión quizá?

—No exactamente...

—¿En un helicóptero?

—Sí, podría decirse que sí.

Viola sacudió asombrada la cabeza.

—¿Alquilan ex profeso un helicóptero... sólo para que Rüdiger pueda venir a verte?

—¡No! —dijo Anton, que ahora no pudo evitar reírse burlón—. ¡Para que pueda venir a verte a ti!

—¿Cómo?...

Durante unos instantes Viola se quedó sin habla.

—No lo entiendo... —dijo después.

—No es nada difícil de entender —dijo Anton haciendo esfuerzos por permanecer serio—. Cuando se rueda una película hay que hacer todo lo posible por tener contento al protagonista. Eso seguro que lo has leído también.

—Sí.

—Y por eso hacen lo posible por darles todo lo que desean —siguió diciendo Anton—. Que ahora Rüdiger quiere venir a verte, pues entonces ellos le ponen a su disposición un helicóptero... ¡para que al día siguiente esté concentrado en lo que hace y represente bien su papel!

Anton inspiró profundamente. Lo que le había contado a Viola era una historia bastante truculenta. ¡Pero como halagaba su vanidad, a lo mejor Viola se la creía!

—¿Rüdiger vuela hasta aquí en un helicóptero por mí? —preguntó visiblemente impresionada.

Anton se mordió los labios.

—Sí, es que a ti no hay quien se te resista. Y Rüdiger mucho menos todavía.

A Viola se le puso la cara coloradísima.

—No sé qué decir —susurró.

Completamente anonadada, se dio la vuelta y salió de allí corriendo.

Anton la siguió con la mirada hasta que ella desapareció en el interior de la granja escolar.

Parecía que sus «revelaciones» le habían dejado a Viola tan inquieta que prefería estar sola.

Y eso significaba que se había creído su historia sobre Rüdiger y de que le daban todo lo que él deseaba, ¡pues, si no, ella hubiera frito a preguntas a Anton!

Y como actriz que quería ser, Viola no solamente era vanidosa... ¡sino que también tenía muchísima fantasía!

Lo que algunas personas esconden en su interior

Durante la cena Viola dijo que a ella le parecería estupendo que la fiesta de despedida se hiciera con algún tema determinado.

—¡Oh, sí! —exclamó Henning—. ¡Un barco pirata! ¡Y nos disfrazaremos de piratas!

—Y tú harás de jefe pirata que secuestra a la bella princesa, ¿no? —dijo mordaz Ole.

—¡Yo voto por «el salvaje oeste»! —exclamó entre tanto Sebastian.

—¿Salvaje oeste? Pero si no tenemos ni sombreros de cowboys ni colts —dijo despectivamente Henning.

—Pero algo negro sí que tenemos todos, ¿o no? —repuso Viola mirando a su alrededor con una sonrisa arrebatadora.

Sebastian se rió irónicamente.

—Después de cuatro días en Fosavieja casi todo lo que tengo está negro —dijo.

—¡Pues entonces hagamos una fiesta *de vampiros*! —declaró Viola.

Y con aquello había dado «en el blanco»..., y no sólo en el caso de Anton.

—¡Una fiesta de vampiros! ¡Es súper!

—¡Por fin algo nuevo!

—¡Eso compensa toda esta semana tan aburrida!

Se oyeron más cosas por el estilo.

Sólo el señor Fliegenschneider puso cara de vinagre.

—¿Una fiesta de vampiros? Eso a lo único que conduce es a pensar en algún disparate —dijo de mala gana.

—¿A qué disparates se refiere? —preguntó Viola con su más inocente parpadeo.

—Que alguien pegue mordiscos..., por ejemplo —contestó el señor Fliegenschneider.

Algunos soltaron una risita.

—Seguro que nadie pega mordiscos —tomó la palabra la señora Nusskuchen—. Nosotros en casa celebramos una vez una fiesta de vampiros y fue muy divertida y nada sangrienta.

Anton le lanzó una mirada muy sorprendida. ¡El hecho de que a la señora Nusskuchen, y por tanto también a su hija Katrin, la compañera de clase de Anton, les interesaran los vampiros hizo que ambas subieran mucho en la consideración de Anton! ¡Era sorprendente lo que algunas personas escondían en su interior!...

—Hum... —hizo el señor Fliegenschneider. Y buscando aliados se dirigió a la señora Zauberhut—. ¿Y usted qué opina?

Pero con ella tampoco tuvo suerte.

—Si los chicos lo quieren... —dijo la señora Zauberhut—. A mí me parece muy loable que ellos vayan teniendo ideas propias. Y una fiesta de vampiros es muy fácil de montar..., todo lo contrario que una fiesta de piratas o de cowboys.

Yo tengo dos barras de labios de color rojo, un lápiz de ojos...



—¡Y lo demás lo compraremos! —exclamó Katrin—. Hasta ahora no me he gastado casi nada.

—¡Ni yo!

—¡Yo tampoco me he gastado nada!

Se oyeron cosas parecidas por todas partes.

—Para la decoración tampoco hace falta gastarse mucho dinero —siguió diciendo la señora Nusskuchen—. Sólo se necesita papel rizado negro y rojo, un par de dibujos terroríficos en la pared...

—Y refrescos de color rojo —propuso Ole.

—Y piruletas rojas —añadió Sebastian.

De repente todo el mundo tenía alguna idea de cómo poder hacer más interesante una fiesta de vampiros, y, así, se pusieron a hablar todos a la vez. El resultado fue que organizaron varios

grupos de trabajo.

Anton se metió en el grupo de «maquillaje y disfraces». Mientras los demás de su grupo aún seguían discutiendo si tenían que maquillarse la cara de blanco o de verde, oyó que Viola le decía al señor Fliegenschneider:

—¿Ve usted? Esto era justo a lo que se refería mi profesor con lo de espíritu de camaradería.

El señor Fliegenschneider únicamente asintió como si hubiera mordido algo muy ácido. Pero, también, ¿qué era lo que podía decir?

Las tretas forman parte del oficio

—¡Con lo de la fiesta de vampiros has tenido una idea realmente estupenda! —le dijo más tarde Anton a Viola en el patio.

—Ha sido una artimaña —contestó ella.

—¿Una artimaña? —preguntó asombrado Anton.

—¡Imagínate que Rüdiger mañana por la noche hubiera sido el único que fuera disfrazado de vampiro! —dijo Viola con una risita—. ¡Entonces habrían averiguado que Rüdiger es un actor y que está rodando una película de vampiros!... ¡Si, y eso quiero yo impedirlo a toda costa! —Sonrió con coquetería y preguntó—: ¿Crees que soy muy perversa?

—¿Perversa? —repitió Anton... que no sabía qué tenía que contestar.

—Bueno, es que quiero tener a Rüdiger para mí sola... Pero también tengo que pensar en mi carrera —dijo Viola con voz decidida—. Y si no me busco buenas recomendaciones, nunca llegaré a ser famosa... Y las tretas forman parte del oficio —añadió muy segura de sí misma—. Eso se puede leer en cualquier revista de cine.

—*Completamente* sola con Rüdiger seguro que no vas a estar —objetó Anton.

—¿No?

—No. Rüdiger mañana por la noche se va a traer a alguien.

—¿Se va a traer a alguien? —preguntó sorprendida Viola. —Luego se pintó en su rostro una sonrisa de triunfo y dijo con voz aflautada—: Oh, me estoy figurando lo que es. ¡Se va a traer a su director! —Y en tono confidencial preguntó—: ¿Tú crees que me hará enseguida una prueba?

Anton tuvo que hacer esfuerzos para permanecer serio.

—Segurísimo que no. Es que Rüdiger se va a traer... ¡a una chica!

A Viola se le nubló el gesto.

—¿A una chica?

—Sí, en la película de vampiros hace de su hermana pequeña.

—¿Es acaso... la novia de Rüdiger?

—No —pudo Anton tranquilizar a Viola.

—¿Y entonces, por qué se la va a traer? —preguntó descontenta Viola.

—Porque a Anna también le gusta asistir a una estupenda fiesta de despedida —contestó Anton... con excesiva precipitación, como pudo darse cuenta en seguida.

—¿Anna? —repitió Viola—. ¿Has dicho Anna?

Anton notó que se había puesto colorado.

—Sí, ¿por qué?

—Porque ya has dicho ese nombre en alguna otra ocasión... —Viola se mordió los labios pensando—: ¡Eso es!: el martes, cuando me reuní contigo en el bosque, poco antes de que llegara Rüdiger. Tú te diste la vuelta y preguntaste: «¿Anna?»

—¿En serio? Ya no me acuerdo —afirmó Anton.

—¡Sí! —le contradijo Viola—. Yo te pregunté que quién era Anna... ¡y tú me respondiste que era el diminutivo de Tatjana!

—Sí, es verdad —admitió Anton—. Fue una excusa, porque no quería que tuvieses celos de

Anna.

Viola le observó pensativa.

—¡O sea, que Anna es *tu* novia! —afirmó ella.

Anton asintió con la cabeza.

—¡Eso quiere decir que *tú* estás saliendo con una auténtica actriz!

La voz de Viola estaba teñida de estima.

—Humm, sí —dijo Anton.

—Me di cuenta enseguida que tú no eras tan infantil y tan aburrido como los demás —dijo lisonjera Viola—. ¡Pero no me sorprende nada siendo tu novia actriz!

Anton se rió irónicamente. ¡En aquel momento él sí que se sentía un actor!

—¿Y a través de tu novia..., de la tal Anna, conociste a Rüdiger? —le preguntó Viola.

—En cierto modo sí...

—¿Cómo que en cierto modo sí?

—Pregúntaselo al propio Rüdiger. ¡Él te lo puede explicar todo mucho mejor! —repuso Anton..., suponiendo que en medio del barullo de la fiesta de despedida a ella no le iba a ser posible sonsacárselo al pequeño vampiro. Pero después de todo, la propia Viola lo había dicho: las tretas forman parte del oficio.

—Así lo haré —dijo Viola—. Le voy a hacer toda una lista de preguntas: cómo se llama su director, cuál es la próxima película que va a hacer Rüdiger... y cuándo va a ser el estreno, ¡naturalmente! Por cierto, esa tal Anna a la que se va a traer mañana también estará presente en el estreno, ¿no?

—Seguro que sí.

—¿Y tú? ¿Tú también estarás?

—Eso aún no es seguro —dijo esquivo Anton—. Porque..., es que Anna sólo interpreta el papel de hermana pequeña.

—Ah, claro —dijo Viola con una risita—. ¡El papel de Rüdiger es más importante!

—¡Oh, sí, mucho más importante! —dijo con énfasis Anton.



Viola sonrió adulada..., como si Anton hubiera dicho algo halagador *de ella*.

—Lo de mañana por la noche va a ser enorme —suspiró ella—. Una fiesta con dos actores de verdad. —Y mientras Anton asentía parpadeando, exclamó—: ¡Lo que más emocionante me

parece de todo es que, excepto nosotros dos, nadie sabrá quiénes son realmente!

Anton se mordió la lengua para no reírse. Sólo había uno que supiera quiénes eran *realmente*: ¡él!

Amagar y no dar

Aquella noche a las nueve Anton ya estaba metido en la cama. Se sentía tan cansado que ni siquiera participó en los murmullos de los demás.

Y Anton incluso sólo oyó como algo muy lejano lo que el señor Fliegenschneider dijo furioso acerca de que volvería a pensarse muy bien lo de la fiesta de despedida como no reinara inmediatamente un silencio absoluto en todas las habitaciones.

Anton sólo se volvió a acordar de la amenaza del señor Fliegenschneider a la mañana siguiente, cuando Ole le zarandó por los hombros.

—Bueno, ¿qué? ¿Se va a hacer la fiesta o no? —preguntó preocupado.

—Pues claro que se va a hacer —dijo fanfarroneando Ole—. Si Fliegenschneider lo único que hizo fue amagar y no dar. Además, a las once y media ya estábamos en silencio.

—¿Hasta las once y media nada? —preguntó Anton.

¡Por lo que conocía al señor Fliegenschneider seguro que suspendía la fiesta de aquella noche y, como castigo, incluía en el programa una marcha forzada!

Pero una de dos: o Anton estaba equivocado con respecto al señor Fliegenschneider o es que la proximidad del fin del viaje le había suavizado el carácter.

El caso es que durante el desayuno el señor Fliegenschneider no se quejó ni lo más mínimo. Ni siquiera quiso hacer otra marcha, como Anton se temía, pensando en que, ya que había una fiesta de despedida, también habría una *marcha* de despedida para que esa noche todos tuvieran sueño muy pronto.

Y cuando Anton vio después de comer que el señor Fliegenschneider ayudaba incluso al grupo de la señora Nusskuchen a decorar el comedor, tuvo de repente la sensación de que los días anteriores el señor Fliegenschneider quizá lo único que había hecho era representar un papel: el del profesor severo que impide que todo el mundo se divierta... Algo parecido a lo del pequeño vampiro, que por Viola se había metido en el papel de actor de cine...

«¡Pero esta noche en la fiesta se verá lo simpático y lo sociable que es realmente el señor Fliegenschneider!», pensó Anton. «Sobre todo si encima le vienen dos invitados de fuera.»

En un principio la fiesta de despedida iba a empezar a las siete. Pero como Anton protestó y dijo que era una hora completamente imposible para una fiesta de vampiros y Viola y algunos más se unieron a la protesta de Anton, el señor Fliegenschneider aplazó el comienzo hasta las ocho.

El maquillaje de los chicos empezó a las siete y media en el cuarto de los lavabos, naturalmente bajo la experta dirección de Anton. En el caso de las chicas, Viola era la responsable del vampiresco *make-up*.

Poco antes de las ocho los chicos ya se habían transformado en vampiros, más o menos terroríficos, con la ayuda de crema para niños blanca, polvos de talco, lápices de ojos de color negro y de color marrón y barras de labios de color rojo... rojo sangre.

Todos se miraban riéndose en el ancho espejo y comparaban las pintas que tenían. Ole, que se había pintado debajo de los ojos unas ojeras negras como la pez y de cinco centímetros de ancho, era el que tenía un aspecto más terrorífico..., pero también menos auténtico. Anton se había maquillado de una forma más bien discreta y estaba muy satisfecho con el resultado. ¿Le

reconocería Anna a primera vista entre trece vampiros? (En la clase de Anton eran trece chicos.).

Todos se habían «modelado» el pelo con gel incoloro y todos llevaban ropa oscura. Anton se había puesto unos pantalones negros y un jersey gris oscuro.

Las chicas, que habían tardado más en maquillarse que los chicos, tenían un aspecto más «mortalmente elegante», como observó aprobatoria la señora Nusskuchen.

¡Viola parecía tener mucho talento para pintar máscaras! Anton observó con un poco de envidia los párpados pintados de azul marino brillante, la piel entre blanca y verdosa y los peinados artísticamente desgreñados de las chicas.

La señora Zauberhut y la señora Nusskuchen también iban maquilladas de vampiro y vestidas de negro. El único que se presentó con sus pantalones lisos de paño de siempre y con una camisa de sport a cuadros fue el señor Fliegenschneider.

—Pero, hombre, eso no puede ser, señor Fliegenschneider —le reprochó la señora Nusskuchen..., que al parecer con el disfraz de vampiro se había vuelto más atrevida—. ¡Tiene que maquillarse y que disfrazarse!

—Sí, sí —coincidió traviesa con ella la señora Zauberhut—. ¡Si no, todavía le va a morder un vampiro!

El señor Fliegenschneider se rió tímidamente.

—¿Usted cree?

—Siendo el único ser humano entre un montón de vampiros... —respondió la señora Zauberhut.

—Pero es que yo de maquillaje no entiendo nada... —se defendió el señor Fliegenschneider.

—Oh, eso déjelo de mi cuenta —dijo Viola.

—No sé, no sé... —se resistió el señor Fliegenschneider.

—¡Venga usted! —dijo enérgicamente la señora Nusskuchen—. Viola y yo le vamos a transformar en un vampiro como es debido.

—Bueno, si se creen capaces... —dijo con una risita el señor Fliegenschneider.

Las cuatro esquinas... del ataúd

Y, efectivamente, cuando el señor Fliegenschneider volvió diez minutos después estaba irreconocible. Una capa blanquecino-verdosa de crema y polvos de talco le cubría la cara, llevaba todo el pelo de punta y sus ojos parecían enormemente grandes porque estaban cercados por gruesos trazos negros.

Además llevaba una camisa marrón oscura y unos pantalones negros.

Henning se fue corriendo al equipo de música. Se lo habían prestado aquella tarde en la parroquia... ¡por absoluta necesidad, ya que en la granja escolar no tenían más que una antiquísima gramola y encima estaba rota!

Además, la gente de la oficina de la parroquia le había dejado una maleta llena de buenos discos de *rock and roll*.

—Declaro inaugurada la fiesta de vampiros —anunció Henning. Y riéndose burlón añadió—: ¡El señor Fliegenschneider y la señora Nusskuchen tienen el primer baile!

Se oyeron los compases iniciales de un frenético *rock and roll*. El señor Fliegenschneider puso la misma cara que si le dolieran las muelas. Pero la señora Nusskuchen le cogió del brazo y le llevó hasta el centro del comedor.

—¡Viva el baile de los vampiros! —exclamó ella riéndose.

El señor Fliegenschneider, resignado, se encogió de hombros y empezó a bambolear de una forma muy rara los brazos y las piernas. Algunos se rieron, pero sólo tapándose la boca con la mano.

Anton vio que Ole se dirigía a Viola y se inclinaba ante ella. Sonriendo dulcemente ella le siguió a la pista de baile.

Henning, que estaba de pie junto al equipo de música, les miró con cara de fastidio. Cuando la canción se terminó, desconectó el tocadiscos y gritó:

—¡Ya está bien! ¡Ahora vienen los juegos!

—Eh, *tú* no eres quién para decidirlo —protestó Tatjana.

Y Sonja dijo furiosa:

—Pero yo soy el responsable del equipo de música —replicó Henning desde arriba— y puedo decidir cuándo necesita una pausa el tocadiscos.

—¡Aquí el único que necesita una pausa eres tú! —exclamó indignada Tatjana.

—Bueno, si tú lo dices... —dijo Henning fingiendo no inmutarse—. ¡Pero entonces os quedaréis sin música, porque el tío de la oficina de la parroquia me ha dicho que nadie excepto yo debe tocar el equipo de música!

—Bueno, venga, si de todas maneras íbamos a empezar con los juegos —intervino el señor Fliegenschneider. (Seguramente se alegraba de no tener que seguir bailando).

—Juegos... —gruñó Sonja.

—Espera y veras todo lo que hemos preparado —se esforzó por mediar también la señora Nusskuchen—. ¡Emocionantes juegos de vampiros!

«¿Juegos de vampiros?», pensó escéptico Anton.

Y, efectivamente, no eran más que los mismos juegos conocidos por todos, y más bien

aburridos; solo que la señora Nusskuchen los llamaba de otra manera.

La «piñata» se llamaba ahora «llamar a la tapa del ataúd»; la «gallinita ciega» era «pobre murciélago ciego», y en lugar de «las cuatro esquinas» había que decir «las cuatro esquinas... del ataúd».

«¡Que dechado de originalidad», pensó suspirando Anton, pues tampoco el «juego de las sillas» —ese estúpido juego de correr alrededor de unas sillas puestas en círculo y dejarse la piel para conseguir un sitio— se volvió mas interesante por llamarse ahora «el sitio en Transilvania».

Así pues, Anton no hizo ningún esfuerzo por conseguir una silla y le eliminaron a la segunda. Viola siguió su ejemplo.

¿Cuándo va a venir Rüdiger?

—¿Cuando crees que va a venir Rüdiger? —preguntó ella susurrando en cuanto estuvo junto a Anton.

Anton se divertía viendo como los demás corrían alrededor de las sillas igual que si les fuera la vida en ello. Y también Henning estaba ocupado: tenía que poner y quitar la música. Por eso lo único que podía hacer era mirar a Anton y a Viola con cara de rabia.

—¿Que cuando va a venir Rüdiger? Aun falta —dijo Anton.

—Pero es que ya se me esta estropeando el peinado —se quejo Viola colocándose bien el pelo con las manos—. ¡Mira que no tener laca!...

—Alégrate —repuso Anton—. Rüdiger odia la laca.

—¿De veras?

—¡Efectivamente! Primero porque la laca no huele bien. Y, segundo, *él* piensa en el agujero de ozono.

—¿Qué tiene que ver Rüdiger con el agujero de ozono?

—Nada, pero a él no le gustan los rayos del sol.

—Ah...

Viola parecía estar confusa. Miró hacia la ventana.

—¿No nos estará esperando fuera?

—No, seguro que no —dijo Anton.

—¿Cómo es que estás tan seguro? —preguntó Viola.

Anton reprimió una risa burlona.

—Porque ruedan hasta el anochecer. No terminan hasta que no se ha puesto el sol.

—¿Y luego vienen aquí directamente?

—¿Directamente? Sí, supongo que sí.

—¿En su helicóptero?

Ahora Anton sí que no pudo evitar reírse.

—Claro, claro —dijo—. En su helicóptero privado.

—Pues realmente se le debería de oír —opinó Viola—. Los helicópteros hacen mucho ruido, ¿no?

—Es cierto —le dio la razón Anton—, pero ellos aterrizan fuera.

—¿Más fuera aún que esto? —preguntó Viola con una risita.

—Bueno..., es que no quieren despertar a nadie de la granja escolar —dijo Anton.

Viola se sobresaltó.

—¿Quieres decir que no vendrán antes de que nos hayamos ido a la cama?

—No, hoy vendrán antes. —Y mirando el cielo nocturno añadió—: ¡Vendrán lo antes posible!

—Entonces lo mejor será que ya no baile —susurró Viola—. Si no, cuando llegue Rüdiger voy a tener completamente arruinado el peinado. Lo comprendes, ¿no? —preguntó insinuante.

—¿Yo? ¡Sí, naturalmente!

¡Anton no tenía ninguna intención de bailar con Viola!

De todas formas, en ese momento, además, no estaban bailando. A continuación del «sitio en

Transilvania» hubo «clavo de ataúd»..., lo que sonaba muy prometedor, pero luego no era más que una variación de un juego de adivinanzas ya conocido: el de la «tetera^[5]».

—Clavo de ataúd... —empezó a decir con cara de importancia la señora Nusskuchen—. Los hay, por una parte, que son de metal. Sí, y también hay otro tipo de clavos de ataúd...

—Los que son como Anton Bohnsack —exclamó Henning..., furioso porque Viola se había sentado al lado de Anton.

Anton lo único que hizo fue reírse burlón.

—No deberías enfadar a Henning —le susurró a Viola—. Quizá le necesitemos luego..., cuando Rüdiger y Anna estén aquí.

—¿A Henning? —preguntó anonadada ella.

—Sí. En caso de que alguien se extrañe y se pregunte de dónde han salido los dos... Henning debería decir que son de la parroquia en donde le han prestado el equipo de música.

Viola asintió con gesto de aprobación.

—¡Realmente piensas en todo!

Y entonces se levantó y se sentó en la silla libre que había al lado de Henning.

¡Hola, Anton!

Después de las adivinanzas del «clavo de ataúd», la señora Zauberhut inauguró el «bufet vampiresco». No era tan opíparo como lo fue en su día el bufet de Schnuppermaul... Aquella vez, cuando Geiermeier, el guardián del cementerio, estaba en el hospital y su ayudante organizó en secreto una fiesta de disfraces de vampiros.

Pero también la señora Zauberhut, con su grupo, se había esforzado mucho.

Las mesas del bufet estaban cubiertas con papel rizado de color rojo, había golosinas de color rojo, zumo de color rojo y piruletas de color rojo.

Los restantes «manjares» —que eran completamente normales— y las demás cosas que había para picar estaban en cajas de cartón alargadas forradas con papel negro, de tal forma que parecían pequeños ataúdes. Mientras Anton observaba aquellos «mini-ataúdes» llenos de palitos salados y de panchitos y de palomitas, alguien le tocó con mucha suavidad en la espalda, y luego oyó la voz de Anna:

—¡Qué mono!

Lenta, muy lentamente, porque no quería llamar la atención, Anton se dio media vuelta. Allí estaba Anna sonriéndole.

—Hola —dijo él con timidez.

—Hola, Anton —contestó ella cariñosamente.

—¿Como me has reconocido? —preguntó.

Ella soltó una risita.

—Yo siempre te reconozco..., por muy bien que te disfraces —dijo ella—. Por cierto —añadió después—, ¡esta fiesta está realmente bien! ¡No me habías contado nada de que todos fuerais a venir a la fiesta disfrazados de vampiros!

Anton, preocupado, echó un vistazo a su alrededor, pero nadie se había fijado en Anna. ¡Probablemente eso era debido a que con su capa negra, su pelo desgreñado, que le llegaba hasta los hombros, y su pálida cara apenas se diferenciaba del resto de los «vampiros»!

—Ha sido idea de Viola —explicó Anton—. Quería que pudierais estar en la fiesta sin llamar la atención.

Anna sonrió pícaramente.

—¿Pudiéramos?

—Sobre todo Rüdiger, naturalmente —confesó Anton—. Pero yo le he hablado a Viola de ti... Y le he contado que eres mi novia —añadió.

—¿Eso le has contado? —se alegró Anna.

—Sí —dijo Anton notando que se ponía colorado—. ¿Y tu mano? —preguntó rápidamente—. ¿Todavía te duele?

Anna observó su venda y asintió:

—Sí.

Se habían alejado del bufet y estaban ahora cerca de la ventana. Nadie se fijó en ellos..., ni siquiera el señor Fliegenschneider, que se acababa de llenar el plato hasta el borde de panchitos y palitos salados.

—Me gustaría tanto estar en tu clase... —dijo Anna con una sonrisa triste.

—Sí, esta noche quizá sí —repuso Anton—, pero estos días de atrás no han sido muy agradables que digamos.

—¡A pesar de eso me dais envidia!

—¿Envidia? —dijo Anton..., fingiendo indignación, pues Anna de repente parecía estar muy triste—. ¡Si supieras lo agotador que ha sido este viaje! ¡Tengo trece ampollas, siete callos y treinta y cuatro picaduras de mosquito!

Aquello era una exageración..., ¡pero a lo mejor servía para que Anna se animara!

—¿Dónde? —preguntó Anna.

—¿Que dónde? En los pies —dijo.

—¿Entonces no puedes bailar? —dijo ella mirándole asustada—. ¡Y a mí que me apetecía tanto!

—Oh, sí, sí que puedo bailar —aseguró rápidamente Anton—. Por lo menos un par de canciones sí —precisó.

—Yo tampoco puedo bailar mucho tiempo —le consoló Anna—. Si lo hago, me volveré a marear. Imagínate: ¡en el vuelo hasta aquí he tenido que pararme tres veces!

—¿Tres veces?

—¡Sí! —dijo Anna sorbiendo con la nariz.

—¿Estás triste por eso? —preguntó cautelosamente Anton.

Anna sacudió la cabeza.

—No. Es que os he estado observando desde fuera; por eso estoy triste.

—¿Nos has estado observando? —dijo Anton con una sensación de inquietud.

Intentó recordar si había hecho alguna cosa que pudiese haber enfadado a Anna. ¡Pero ni siquiera había bailado aún!

—Os habéis sentado en círculo —informó Anna—. Primero habéis puesto caras pensativas. Luego alguien ha dicho algo en voz alta y todos os habéis reído. Parecía todo tan... agradable. ¡Y tú también te has reído! —Ella volvió la cabeza—. Y, de repente —siguió diciendo—, he pensado que tú y los demás sólo sois vampiros esta noche... Y solamente porque eso os divierte. Pero yo... ¡yo tengo que seguir siempre así, quiera o no!

Sollozó, y antes de que Anton pudiera replicar algo, se fue corriendo hacia la puerta. Anton salió corriendo detrás de ella... y estuvo a punto de chocarse con el señor Fliegenschneider, que se había llenado por segunda vez el plato, ahora de nueces y rosquillas saladas.

Entre amigos

Anton llegó al patio sin respiración. A Anna no se la veía por ninguna parte. Pero no podía haber salido volando tan rápido. ¡No, no *podía* ser que se hubiera ido volando tan pronto!

—¿Anna? —exclamó Anton mirando los árboles. ¡A lo mejor se había escondido allí! Entonces se oyó un sollozo sofocado.

Anton corrió hacia el lugar del cual había venido el sollozo. Descubrió a Anna entre los grandes y viejos árboles. Se había acurrucado en el suelo y se había echado la capa por encima de la cabeza, de tal manera que no se le veía más que la punta de la nariz.

Se quedó parado delante de ella.

—¡Anna! —dijo—. ¡No debes estar triste!

—¿Y por qué no? —preguntó ella.

—Porque a mí me gustas tal como eres —contestó él.

—Y *tú* no debes mentir —repuso ella taciturna.

Anna sollozó.

—¡Pero te gustaría mucho más si yo *no* fuera una chica vampiro!

—¡No! —la contradijo enérgicamente Anton—. Entre amigos no hay ningún «pero» que valga. Uno debe aceptar al otro tal como es.

—¿De verdad? —preguntó Anna asomándose por debajo de la capa—. Y si tú me hubieras conocido ya en Transilvania, cuando yo todavía era una chica completamente normal..., ¿no crees tú que te hubiera gustado más?

—No —declaró él con voz firme—. Primero, a mí las chicas completamente normales no me gustan demasiado. Y, segundo, a mí me gustas así, tal como tú eres.

—Ay, Anton —dijo ella poniéndose de pie un poco insegura—. ¡Qué bonito es lo que has dicho!

—Y además —añadió Anton— yo creo que a lo mejor te has puesto triste también por otro motivo.

—¿Por otro motivo?

—Sí, porque tú has visto hoy por primera vez a mis compañeros de clase.

—Humm, puede que tengas razón —dijo pensativa Anna—. Sobre todo a las chicas de tu clase —añadió después de una pausa—. Se pueden poner la ropa que quieran: pantalones vaqueros y bonitas blusas y jerseys y faldas y vestidos..., y todo a la última moda.

Se echó la capa hacia atrás y Anton pudo ver su traje de terciopelo de color azul. En el escote y en el bajo estaba adornado con galones dorados, y alrededor del talle Anna llevaba ceñido un ancho cinturón de tela bordado en oro.

—¡Así de pasadas de moda van las chicas vampiro cuando se visten bien!

—A mí el vestido me gusta —dijo Anton.

—¿De veras?

—¡Sí! Te va bien con el color de tu pelo y con tu piel.

Anton tosió apocado. ¡Hacer cumplidos no era lo suyo!

—A pesar de todo, es poco moderno —declaró Anna—. ¡No me gustaría saber qué es lo que

diría del vestido una chica de tu clase!

—Le parecería estupendo —aseguró Anton.

—Sí, hoy sí —dijo Anna—, porque estáis celebrando una fiesta de vampiros.

Pero mañana, cuando todas fueran vestidas normal otra vez, seguro que me señalarían con el dedo.

Anton sonrió pícaramente.

—Pero la fiesta es *hoy*. ¡Y mañana no tendrán la suerte de verte!

Anna le miró incrédula.

—¿La suerte?

—Oh, sí —dijo Anton—. Esa suerte sólo la tengo yo... ¡Pero para eso tienes que ir a visitarme a mi casa mañana por la noche!

Anna sonrió.

—¿No habías dicho que entre amigos no hay «peros» que valgan?... ¡Claro que iré!... Y ahora deberíamos regresar —opinó—. Para que veas que no me escondo de las demás chicas... ¡Y porque quiero bailar por fin contigo! —añadió apretándole el brazo a Anton con ternura.

Murcielaguito: pío, pío, que yo no he sido

—Por cierto —preguntó Anton como muy de pasada cuando estaban cruzando el patio—, ¿ha venido contigo Rüdiger o no?

—Venir sí que ha venido —dijo Anna—. Pero yo que tú me olvidarías de él.

—¿Que me olvide de él? —repitió anonadado Anton.

Anna soltó una risita.

—¡Hoy nada más, naturalmente! Es que Rüdiger se ha levantado del ataúd con el pie izquierdo, ¿sabes?

—¿Y eso qué significa?

—Oh, pues que a veces se comporta aún peor que Lumpi.

—¿Lumpi?

Angustiado, Anton se acordó de su encuentro con él en el cementerio.

—No estará aquí Lumpi, ¿no? —preguntó mirando preocupado a su alrededor.

—No, no —le tranquilizó Anna—. Está en su «Sociedad Filarmónica para Hombres» —dijo Anna de nuevo con una risita—. ¡Imagínate!: ¡Waldi el Malo tiene previsto hacer una gira!

—¿Una gira?

—Yo eso no me lo creo —dijo Anna—, pero Lumpi está convencido de que van a hacer carrera. ¡Hasta se han cambiado de nombre!

—¿Se han cambiado de nombre?

—Sí, ahora se llaman... ¡«La Cripta del Swing»!

Anna se rió como una gallina clueca.

—Oye, ¿y qué pasa con *vuestra* música? —preguntó ella después de una pausa—. ¡No oigo nada de nada!

—Probablemente seguirán todavía con los juegos —dijo Anton.

—¡Si así fuera, Rüdiger no habría entrado en la casa! —repuso Anna.

—¿Ha entrado en la casa? —Pues sí, hace cinco minutos.

Habían llegado a la puerta de entrada. Pudieron oír risas y voces, pero no música. ¿Se habría cargado Henning mientras tanto el equipo de música con sus «artes de disc-jockey»?

—¡Ven, vamos a mirar primero desde fuera! —dijo Anna tirando de Anton.

Por la ventana vieron que, efectivamente, aún seguían con los juegos; ahora le había tocado el turno a «Pajarito: pío, pío, que yo no he sido». Anton se dio cuenta porque todos —excepto Rüdiger, al que no pudo ver por ninguna parte— estaban sentados en círculo y cada vez que Tatjana, que llevaba los ojos vendados, tocaba a uno de los chicos, éste gritaba «¡pío, pío, que yo no he sido!»

Anton, sin embargo, no sabía qué nombre le habría puesto al juego la señora Nusskuchen.

—¡Murcielaguito: pío, pío, que yo no he sido! —le dijo divertido a Anna.

—¡¿Cómo dices?! —bufó Anna—. ¡Yo no soy *ningún* murciélago! ¡Y odio que me llamen así!

—No, yo no me refería *a ti* —dijo Anton, sorprendido por el arrebató de ella—. Sólo me refería al juego.

—Como si no conociera yo el juego —le espetó indignada Anna—. ¡El día de mi cumpleaños

de vampiro jugamos, y entonces se llamaba de otra manera!

—Sí, «Pajarito: pío, pío, que yo no he sido»; y por eso lo he cambiado por «murcielaguito»...

—¡Pío, pío! —le interrumpió a Anton una voz chillona.

Volvió la cabeza y vio al pequeño vampiro.

—Yo..., yo creía que ha..., habías entrado en la casa —balbució Anton.

—Sí. ¡Pero no para participar en vuestros infantiles y estúpidos juegos! —replicó muy digno el pequeño vampiro—. Así que..., ¡zas!..., volví a salir volando por una ventana. ¡No sin antes —dijo después— llevarme este precioso y pequeño librito que alguien había tirado!

Riéndose con alevosía hizo aparecer un libro encuadernado en negro que llevaba escondido debajo de su capa.

—¡Eh! —exclamó Anton—. ¡Pero si es mi libro! ¡*El vampiro de Amsterdam!*

—Ah, ¿sí? —fingió estar perplejo el pequeño vampiro—. A mí, de alguna manera, ya me resultaba conocido cuando lo he visto tirado en la papelera...

—¿En la papelera? —se enfureció Anton—. ¡Estaba junto a mi cama, encima de una silla!

—Oh, pues entonces será que le han salido alas —se burló el pequeño vampiro. Y con voz de ultratumba añadió—: ¡Por el Conde Drácula: estaba en la papelera!

—Probablemente porque tú lo habías tirado allí antes —gruñó Anton.

El pequeño vampiro prefirió no replicar nada. Con la mayor calma del mundo hizo desaparecer el libro de Anton bajo su capa. Luego se estiró y espío el interior de la sala.

Anna le tiró a Anton del brazo.

—¡No le provoques! —susurró—. En la primera ocasión que tenga se lo quitaré otra vez.

En ese momento el pequeño vampiro pegó un grito: un grito de alegría, según pudo comprobar enseguida Anton.

—¡Viola! —suspiró el vampiro apretando las palmas de sus manos contra el cristal.

Entonces Anton y Anna vieron también cómo Viola aparecía al otro lado de la ventana y Rüdiger la saludaba con la mano muy emocionado.

—Oh, Viola —dijo el pequeño vampiro—. En realidad yo no quería entrar, pero ya que me sonríes así...

Y como un sonámbulo se dirigió hacia la puerta. Anton pensó si no sería mejor detener al pequeño vampiro... Y entonces resonó en la sala un redoble. Era el principio de una canción de rock duro. ¡Y en medio del jaleo y del trajín que allí se formó seguro que el vampiro no despertaría ninguna sospecha!

Baila conmigo hasta que amanezca

—¿Y ahora a qué estás esperando? —preguntó impaciente Anna—. ¿No habías dicho que querías bailar?

—Sí —respondió rápidamente Anton—. Yo... sólo me había distraído.

Anna puso hocico.

—Por Viola, ¿no?

—¡No! —dijo Anton con una risa irónica.

¡En aquella ocasión Anton pudo contestar que no, que era por Rüdiger, sin tener que temer despertar los celos de Anna!

Anna soltó una risita.

—Al principio Rüdiger no se quería venir conmigo —le informó ella—. He tardado casi una eternidad en poder convencerle. Decía que estaba muy decepcionado con Viola.

—¿Decepcionado? ¿Con Viola? —se sorprendió Anton.

—Sí. ¡Y luego está como loco detrás de ella con sólo verla por la ventana! Pero así es Rüdiger: más cambiante que la luna.

Anton se asustó.

—¿Quiere eso decir que ya está entrando en la pubertad..., igual que Lumpi?

—¡Ay, Anton! —exclamó Anna dándole con guasa un empujoncito—. ¡Si eso es totalmente imposible! Seguirá teniendo eternamente la misma edad que tenía cuando... —De repente se interrumpió y, a continuación, cambiando rápidamente de tema, dijo—: Vamos de una vez.

Y empezó a cantar muy alegre: «Baila conmigo hasta que amanezca, llévame bailando a la felicidad...»

—¿Hasta que amanezca? —repitió Anton—. ¡Yo calculo que dentro de una hora como mucho el señor Fliegenschneider dirá que se ha acabado la fiesta!

—¡Razón de más para que nos demos prisa! —dijo Anna cogiéndosele del brazo.



Cuando entraron en la sala, de todas formas, no parecía que la fiesta se fuera a ir a acabar pronto. En mitad de todo el barullo el señor Fliegenschneider bailaba con la señora Nusskuchen, con una cara de satisfacción casi juvenil.

—¿Se ha puesto ya bien tu profesora? —preguntó Anna señalando con un movimiento de cabeza a la señora Nusskuchen.

—No, esa es la madre de Katrin —le explicó Anton—. Solamente ha venido para ayudar al señor Fliegenschneider. Igual que la señora Zauberhut, la que está allí, en el bufet.

—¿Solamente, dices? —replicó Anna—. ¡Me imagino que debe de ser bastante agotador irse de viaje con una horda como ésta!

—¿Horda? —dijo Anton haciéndose el indignado.



—Pues sí... —dijo Anna con una risita—. Los mayores cargan siempre con toda la responsabilidad. Y tus compañeros de clase no parecen precisamente no haber roto nunca un plato. Anton se rió irónicamente.

—Las apariencias engañan —afirmó—. Nosotros somos la clase más simpática, más inofensiva y más pacífica que se puede uno imaginar.

—¿Hay que creérselo? —preguntó Anna sonriendo pícaramente.

Con su mano sana cogió a Anton de la cintura y le empujó suavemente hacia la pista de baile. Anton se sentía como si le estuvieran mirando con curiosidad docenas de pares de ojos.

Pero seguramente eso no eran más que imaginaciones tuyas, pues Henning acababa de poner otro disco y casi todos estaban cantando a voz en grito «*Come on baby, let's do the twist*»..., intentando hacer los movimientos oportunos: ponerse de rodillas, volver a levantarse, sacudir las caderas...

Anton entonces vio también al pequeño vampiro. En medio de todos los «vampiros» disfrazados no había sido nada fácil encontrarle, porque Rüdiger hacía todo exactamente lo mismo que los demás..., sin duda para impresionar a Viola: el pequeño vampiro se ponía de rodillas, se levantaba otra vez con la cara colorada y sacudía las caderas...

Anton se mordió la lengua para no reírse.

—¿Qué clase de baile es éste? —preguntó Anna.

—Esto es el twist —contestó Anton.

—Este baile no me gusta —dijo Anna—. Prefiero bailar contigo de verdad.

—¿De verdad?

—¡Sí! Como en el baile de los vampiros del Valle de la Amargura. Tú me pones las manos en mi cintura, y yo me cojo de tus hombros. ¡Eso sí que es bonito!

—Pero es que hoy ya nadie baila así —dijo Anton señalando al pequeño vampiro y a Viola, que no se tocaban en absoluto—. Ya nadie baila agarrado. A lo sumo en una fiesta expresamente para bailar agarrado...

Anna se estrechó contra él.

—Pues entonces hagamos una fiesta... ¡expresamente para bailar agarrado!

Anton tosió vacilante.

—Pero es que en una fiesta de esas *todos* tienen que bailar agarrado.

—¡Pues el señor Fliegenschneider está bailando agarrado! —replicó Anna.

Anton miró donde ella estaba mirando y comprobó que el señor Fliegenschneider y la señora Zauberrhut estaban bailando agarrados.

—Ellos se lo pueden permitir —explicó él—. Pero me gustaría evitar que llamáramos la atención. Es por ti..., para que nadie sospeche... Y, además —añadió cuando vio que Anna ponía cara de enfado—, *mañana* podemos hacer una fiesta mucho mejor para bailar agarrado, en mi casa... solamente tú y yo.

A Anna se le iluminaron los ojos.

—¡Oh, sí! —dijo—. ¡Y me llevaré un par de velas e incienso de tía Dorothee, y haremos una agradabilísima fiesta para bailar agarrado, tú y yo!

Después de decir aquello empezó a imitar con cuidado los movimientos de los demás: se puso de rodillas, se volvió a levantar, giró las caderas...

Pero apenas un ratito más tarde susurró:

—Me estoy mareando, Anton.

—Entonces será mejor que nos sentemos —dijo asustado Anton.

Cogió de la mano a Anna y se la llevó a una mesa que estaba cerca de una ventana abierta. Esperaba que el frío aire de la noche le sentara bien.

—Lo siento —dijo ella—. Ahora te he estropeado la fiesta.

—¿Tú? ¡Nada de eso! —la contradujo Anton.

—Si quieres bailar con otra... —dijo pestañeando.

Anton sacudió la cabeza con decisión.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡No, yo me quedo contigo!

«Y también puedo ir a cogerte algo del bufet», iba a añadir. Pero en el último momento se calló, pues tratándose de Anna era algo bastante... ¡inoportuno!

¡Pero no con los vampiros!

—¡Anda, mira! Aquí hay una mesa tranquila —resonó entonces la voz estridente del pequeño vampiro.

Anton vio cómo Rüdiger y Viola se sentaba sólo dos mesas más allá de donde estaban ellos.

El pequeño vampiro le hizo un gesto con la cabeza a Anton y se rió irónicamente.

—Te has buscado un sitito realmente bueno para nosotros, Rüdiger —le alabó Viola—. ¡Ahora podremos hablar con tranquilidad! —dijo guiñándole un ojo a Anton como si estuviera conchabado con él y dedicándole a Anna, a la que ni siquiera conocía aún, una condescendiente sonrisa.

—¿Y de qué quieres que hablemos? —preguntó el pequeño vampiro.

Su voz —eso le pareció a Anton— sonó más bien expectante... y no tan enamorada, ni mucho menos, como normalmente.

—De nosotros —susurró Viola.

—¿De nosotros? —exclamó con voz chillona el pequeño vampiro—. ¿No quieres hablar de la película?

—¡Oh, sí, claro! —replicó Viola—. Quiero que hablemos de nosotros... ¡y concretamente de cuándo vamos a aparecer por fin los dos ante las cámaras! —Ella soltó una risita y añadió—: ¿No crees que esta noche estoy extraordinariamente bien de vampiro?

—Psss, sí —gruñó el pequeño vampiro.

—¡¿Cómo dices?! —exclamó Viola—. Me paso una hora entera peinándome para ti... ¿y lo único que dices es «psss, sí»?

Rüdiger no respondió. Anton vio por el rabillo del ojo que había puesto cara de amargura.

—Además —siguió diciendo Viola en tono de reproche—, yo contaba firmemente con que esta noche te trajeras también a tu director... ¡y no sólo a esa chica que hace de tu hermana pequeña en la película de vampiros!

Volvió a sonreírle a Anna.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué? —bufó el pequeño vampiro.

—¿Tan difícil es entenderlo? —dijo Viola con voz de pito—. ¡Hubiera sido *la* ocasión para que nos conociéramos sin resultar nada forzado! Y tu director hubiera podido ver inmediatamente lo bien que me sienta un traje de vampiro... ¿O es que acaso su próxima película *no* va a ser de vampiros? —se dio cuenta de repente.

—¡Acabas de decir que querías que habláramos «de nosotros» y no de la película! —se quejó el pequeño vampiro.

—Pero Rüdiger... —dijo Viola intentando reírse—. ¡Pero si tú y tu película de vampiros... es todo lo mismo!

—¡De eso nada! —replicó el pequeño vampiro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Yo solamente te gusto como actor —declaró el pequeño vampiro.

Viola soltó una risita.

—Bueno, ¿y qué? —dijo ella—. ¡Eso es completamente normal! Y además..., ¡con los actores

siempre es así!

—Sí, con los actores quizá sí —contestó Rüdiger con voz de ultratumba—. ¡Pero no con los vampiros!

Con aquellas palabras se puso en pie. Lanzó una sombría mirada a Anton (¡como si Anton pudiera hacer algo en contra de que Viola solamente estuviera interesada en el «actor» Rüdiger von Schlotterstein!). Luego se subió al alféizar de la ventana y desapareció en la oscuridad.

—Rüdiger... —balbució Viola.

—Me voy volando detrás de él —le susurró Anna a Anton—. ¡Hasta mañana, Anton!

Ella se levantó y abandonó la sala por el mismo camino que el pequeño vampiro.

Se acabó la fiesta

—¡Pues sí que son sensibles esos dos! —dijo Viola riéndose despreocupada después de haberse sentado en el sitio de Anna—. Pero, ya se sabe, los actores son así. —Y en tono confidencial preguntó—: Seguro que hoy han tenido un día de rodaje muy agotador, ¿no?

—Sí —dijo distraído Anton.

Hubiera deseado ir a por su capa de vampiro y seguir a Anna y al pequeño vampiro...

—Eso suele suceder cuando la película ya está casi terminada —dijo Viola jactándose de sus conocimientos en la materia—. Todos están entonces nerviosísimos.

Anton no contestó nada.

—¿Bailamos? —preguntó Viola.

—¡No, ahora me toca a *mí*! —repuso Henning, que había aparecido por sorpresa detrás de Viola.

Aburrida, miró hacia el equipo de música, con el que ahora estaba Ole.

—¿Y tu tocadiscos? —observó incisiva—. ¿No habían dicho los de la parroquia que nadie excepto *tú* debía tocarlo?

—Sí —dijo Henning riéndose irónicamente—, pero ellos hablaban de una fiesta normal. En una fiesta *de vampiros* se le puede dejar también a otro alguna vez.

—¡Fiesta de vampiros! —exclamó despectiva Viola mirando hacia la ventana—. ¡No tenéis ni idea!...

Y con una sonrisa condescendiente se fue pavoneándose a la pista de baile.

Anton se acercó a la ventana y miró fuera. Espesas nubes ocultaban la luna. «Espero que Anna sea capaz de volver volando a pesar de su mano mala»..., pensó Anton.

De repente sintió que alguien le tocaba la manga por detrás.

—¿Anna? —dijo sorprendido.

Pero sólo era Viola.

—Le he dejado plantado —le informó—. Ese Henning saca de quicio a cualquiera.

—¡No sólo Henning! —dijo Anton suspirando.

—¡Y ahora vamos a bailar *nosotros*! —exigió Viola.

Pero en ese momento el señor Fliegenschneider gritó:

—¡Se acabó la fiesta!

—Muy típico —protesto Viola—. Siempre se termina todo cuando mejor está la cosa.

—¿Terminarse? —preguntó Anton pensando en la noche del día siguiente—. ¡No, qué va! ¡Qué se va a terminar!

Y ante la mirada atónita de Viola se encaminó hacia la puerta.

A la mañana siguiente, en el autobús, todos estaban de acuerdo en que el viaje con la clase había sido bastante aceptable a pesar de todo.

—Nunca nos hubiéramos imaginado que era usted tan simpático —le dijo Maja al señor Fliegenschneider.

Él tosió tímidamente y dijo: —Lo mismo podría decir yo de vosotros.
La madre de Anton ya estaba esperando cuando llegó el autobús.



—¿Qué tal? —preguntó con curiosidad—. ¿Os lo habéis pasado bien en el viaje?

—La última noche ha sido súper —le contó Ole—. ¡Hemos tenido una fiesta de vampiros!

—¿Una fiesta de vampiros? —repitió ella..., no muy entusiasmada que digamos—. ¡Seguro que fue idea de Anton!

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —replicó Anton, y Ole aseguró: —Fue idea de Viola.

—¿Lo ves? —dijo Anton riéndose burlón—. ¡De cuando en cuando también hay otros que tienen buenas ideas!

Y satisfecho se montó en el coche.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] *Fliegenschneider*: literalmente «sastre de moscas» (*N. del T.*) <<

[2] Literalmente *Zauberhut*: «sombrero mágico»; *Nusskuchen*: «pastel de nuez». (N. del T.) <<

[3] *Greulich* significa «horroroso». (N. del T.) <<

[4] Juego de palabras en el original: *türmen*, como verbo intransitivo significa «escaparse»; como transitivo «apilar». (*N. del T.*) <<

[5] Juego en el que uno piensa en un objeto y da datos sobre el a los que han de adivinarlo, sustituyendo su nombre cada vez que lo cita por la palabra «tetera». (*N. del T.*) <<